

Macario Polo Usaola

TENDIENDO AL EQUILIBRIO

A Mari Prado, a mis padres, hermanas, cuñados, tíos Reyes,
Julio, Camen y Julio Usaola, y al gran amigo Galis:
mis primeros lectores y los primeros que creyeron en mí.

<<A media tarde, salía por Madrid a hacer eso
que se ha llamado vida literaria: Un poco de Ateneo,
un poco de pintura, un poco de conferencia,
un poco de flirteo, un poco de cóctel>>.

(Francisco Umbral)

I.-

Sólo quedaba en la memoria de Jacinto Masa una borrosa imagen de aquella noche, a las tres o cuatro de venir de su viaje, en que Jerónimo Maldonado lo saludó con la única frase que le habían dedicado y que decidió inmortalizar en su particular cuaderno de citas:

-Jacinto, me han dicho que te fuiste a París con quince mil pesetas y la ilusión. ¡Cómo te envidio!

Feliz, por haberse encontrado con una expresión que definía perfectamente su espíritu entonces ansioso de aventura, rebuscó rápido en su memoria unas palabras que le permitieran despedirse de un modo no menos airoso que como habían comenzado a hablar:

-No, tío, alguien dijo que la vida de cada uno sería mucho más interesante si no nos fijásemos tanto en la de los demás.

-Jacinto, siempre has sido un sabio.

Aquellos tiempos habían pasado. Los idealistas sueños de adolescente sólo encontraban ya las cuatro dimensiones relativistas en los pocos momentos en que Jacinto se encontraba solo. El váter es un buen sitio para recordar los lejanos proyectos que le inspiraron tantas novelas como, de joven, había leído: desde ese absurdo e irrealizado deseo de comenzar la carrera de Filosofía y Letras, para abandonarla al segundo o tercer año -como solían contar en las solapas de sus obras tantos y tantos autores-, hasta aquel fin de semana en que se marchó a Salamanca vestido de Faroni. Y, sentado allí, se le señalaban en los muslos las marcas que deja la taza, y recordaba los tiempos en que sus compañeros del equipo de baloncesto del colegio le decían: <<Venga, date prisa en cagar, que más de tres

minutos se considera paja...>>. Entonces, recordando, se levantaba, se limpiaba el culo y se sorprendía en el espejo con una mueca que ni él mismo sabía interpretar: ¿Risa? ¿Nostalgia? ¿Reducción al absurdo de aquellas viejas ideas?

Mariví golpeó la puerta para meterle un poco de prisa, pero aún debía tirar otro par de veces de la cadena y prefirió demorarse unos minutos.

II.-

La fama llegó con los años. Vino a los pocos días de que apareciese un "spot" en la televisión: <<¿Cómo meterías al grandullón de Carlitos en un bolsillo?>>. Jacinto Masa aparecía en un parque comiendo palomitas y muy sonriente. Luego, la imagen giraba ciento ochenta grados y aparecía su supuesta prima haciéndole un retrato instantáneo. <<Este chico, aunque gordo, tiene talento>>, debió de pensar el director de cine que removi6 Roma y Santiago hasta dar con 6l.

~ ~ ~ ~ ~

Don Virgilio Masa fracas6 en su empeño de que su hijo mayor, que llevaba su nombre, ocupase el despacho vacio que esperaba en su bufete de Diego de Le6n. La Aeron6utica le atrajo m6s que el Derecho, y Gilio trabaja hoy en los laboratorios de CASA.

Asi que don Virgilio deposit6 toda su confianza en Jacinto y, en ocasiones, se hacfa acompañar de 6l a la Audiencia, para ver si al chico le entraba de una vez el gusanillo por la noble carrera de las Leyes.

¿Se puede decir que los Masa eran una familia unida? Probablemente, s6. Pero la vida de cada uno era la vida de cada uno, salvo que alguien pidiese consejo al resto de la unidad. Desde pequeños, don Virgilio inculc6 a sus hijos el sabio proverbio: <<Cada perro, que se lama su cipote>>. Por esto y lo anterior, Virgilio el padre pas6 de protestar o poner malos gestos cuando Juli6n Mandado -el mism6simo Juli6n Mandado- concert6 una cita con Jacinto. <<Para charlar un rato y, siempre que a usted no le importe, hacerle unas pruebas, ya me entiende>>.

La primera intervención de Jacinto Masa en el cine fue para la compañía de los hermanos de su director: <<Producciones Mandado, S.A.>>. Aunque no desarrolló un papel principal, todos le auguraron un brillante futuro en su carrera de actor y, junto con un guión que debía examinar, se le entregó un cheque al portador que pronto se tradujo en un potente aumento del material de su discoteca, varios detalles con los que complacer a sus familiares y unas pizzas que compartió con Mariví, la chica que ya comenzaba a ocupar espacio en su corazón.

III.-

<<Mariví siempre ha sido celosa>>, escribió Jacinto en un cuaderno de tapas de corcho que, por bonito, mantuvo cuatro años sin estrenar.

-Una lástima -se dijo, nada más desvirgar la primera página de color amarillo hueso. Pero, en fin, pensó en aquellas palabras, en aquel cuaderno y en aquella pluma las dos horas que anduvo solo, pedaleando en su bicicleta por la Casa de Campo, y aprovechó la ausencia de su esposa para lanzarse raudo sobre el papel a descargar la tensión que le producía el matrimonio, única de la que era incapaz de deshacerse con el sano deporte de las dos ruedas.

¿Tensión por qué? Tensión porque ocho años de noviazgo, tres ya de vida en común y once de absoluta fidelidad le mostraron un día lo que era la amarga sensación de vida desaprovechada. <<Es que>>, recordó tristemente, <<ni un puto desliz>>. A sus mismísimos dieciséis años renunció incluso a sus amigos -con los que dejó de salir porque a Mariví no le gustaba que lo pasase bien sin ella-, a acudir los sábados a dar un paseíto por la Sierra y a quedarse en la calle después de dejarla en casa, a las diez y media de la noche.

No obstante, pensó, acodado sobre la mesa camilla, en el Jerónimo Maldonado que tuvo por lo menos seis novias en el primer año de salir con Mariví, que era cuando coincidían con él tomando minis en el Chapandaz y, luego, sentados en los bancos del Parque del Oeste, con una litrona entre las rodillas (entonces se les decía litrosas, que ya ha llovido). Y recordó a Paquito, su amigo de la infancia, que mantenía amores secretos, paralelamente a su formalísima relación con la hija del director del Banco Exterior.

Por eso -aunque enamorado, y casi plenamente convencido de ello-, decidió recuperar a su manera el tiempo perdido, y Jacinto revisó y no rechazó aquel guión

que desestimó en un principio su mujer, y que tenía cinco o seis escenas de besos y un par de secuencias algo más fuertecillas.

Dos veces había besado Jacinto a Ana Belén, una a Charo López y otra le subió las faldas a Maribel Verdú. Pero, eso sí, siempre fue breve y profesional en esos quehaceres y jamás los trató como ajenos a sus propios gajes laborales.

-¡Menudo gaje! -le comentó su hermano a los pocos días de que éste viera su escena con la tercera actriz. ¡A ver si me buscas a mí un papel con la Bassinger!

IV.-

Jacinto firmó un par de veces el reverso en blanco del recibo de un banco. Recolocó la pluma en su mano y estiró el brazo para evitarse la molestia de la manga de su chaqueta. Extendió el papel poniendo sobre él su mano izquierda abierta, apartó cualquier pelotilla de suciedad con el dorso del dedo meñique y rubricó el documento en el espacio que se le tenía reservado.

Se fue separando del documento sin apartar la vista de él, hasta que quedó campechanamente apoyado en el respaldo de la silla. Sopló, puso la capucha a la estilográfica y aguardó en el sofá a que apareciese Mariví.

Tardó poco en escuchar sus tacones por el descansillo de la escalera y el corazón casi le dobló su frecuencia de bombeo. Llegó con el tiempo justo de abrir la puerta, antes de que el dedo decorado con uña de porcelana pulsase el timbre. Ella avanzó tras un beso hasta el salón con sus bolsas de El Corte Inglés y Jacinto tardó en cerrar la puerta y echar la cadena. Enseguida comenzó a sacar sus nuevos trapitos y, mientras, explicaba a Jacinto cómo eran las otras ropas, también monísimas, que había tenido que despreciar.

Fue una pena romper esa alegría y dejar de ver esas perlas que Mariví tenía como dientes; pero Jacinto quiso ser valiente y habló: <<Bonita, he firmado el contrato>>. Ella llevó sus manos hasta un poco debajo de su cuello, arrugando así la falda nueva que sostenía entre ellas. La plegó sobre el brazo izquierdo, dobló sus rodillas para coger con dos dedos los zapatos de charol negro con tacón de los que se había descalzado y se encerró en el dormitorio. Se sentó a un lado de la cama, frente al armario rojo cobrizo que tenía un grande y bonito espejo. Allí lloró, enjugándose las lágrimas con un pañuelito de seda que sacó de un falso bolsillo de su chaqueta roja de Cartier. Se quitó el pasador y se soltó la goma que le sujetaba la coleta levantada que a menudo llevaba. Se le quedó, entonces, su seductora melenita recta.

V.-

<<Hoy he despertado solo en la cama.>>, escribió Jacinto en su cuaderno de corcho. <<Mariví se ha ido sin decirme nada, sin ni siquiera haberme dejado la cafetera preparada más que para ponerla en el fuego. Nunca antes había hecho esto>>.

Jacinto abandonó la cama con su pijama azul oscuro. Le faltaba el botón alto de la chaqueta y otro en la bragueta. Las mangas le quedaban por encima de las muñecas. Desayunó un Nescafé con la tostada fría que le había sobrado a Mariví, mientras oía la radio y leía el periódico del día anterior.

Se cepilló los dientes observando su desarreglada imagen reflejada en el espejo, y observando cómo los trozos quemados de tostada y las manchas de café desaparecían de su dentadura al ritmo del cepillado.

<<Me ha apetecido salir para sentirme soltero o, por lo menos, un casado normal, y me he puesto bajo los zapatos las calcetas blancas con que Mariví no me deja vestirme. Con mi "Mundo" bajo el brazo he llegado a Sol, y de allí he bajado en agradable paseo hasta el Retiro, por la calle de Alcalá. Ha hecho una mañanita de puta madre: temperatura agradable, solecito sin agobiar y brisita acariciadora de vez en cuando.

>>No había hablado de Blanca en estas páginas; es una antigua amiga-muy-especial, de hace años, a la que hoy he visto cuando terminaba de leer la columna de Paco Umbral. Ambos nos hemos quedado mirando. Hacía años que no nos veíamos, aunque yo siempre le he mandado secretamente a casa una tarjeta felicitándole la Navidad. Creo que ella también se ha alegrado de verme. Se ha acercado

a mí, ya que no me ha dado tiempo a recoger las páginas del periódico que tenía dispersas, ni la gabardina, que dejé apoyada en el respaldo del banco.

>>Cuando hemos estado próximos, nos hemos dado dos besos. La historia entre Blanca y yo fue muy singular. La conocí antes que a Mariví y desde el principio congeniamos mucho y bien. Si nos veíamos nos quedábamos hablando y muy a menudo nos llamábamos, simplemente para contarnos cómo nos había ido la semana, o qué tal nos salió el examen de Latín.

>>Blanca es la primera chica de la que yo estuve enamorado. Mira, improbable lector: para no mentirte, te diré que Blanca y yo tuvimos un rollo muy raro. Ambos nos gustábamos, pero yo, que se supone que debiera llevar la iniciativa, nunca la quise tomar para no cortar ni echar a perder la confianza y el extraño bienestar del que gozábamos estando juntos.

>>Nunca, salvo una vez, hicimos nada por lo que se nos pudiese tachar de algo más que amigos. A veces, sí, yo me permitía cogerla por el hombro, y pasear así por el Parque del Oeste. Me permitía, incluso, acercarla a mí para que se apoyase un poquito. Bueno, la vez esa que comentaba fue en una fiesta que hizo su clase en COU. En esta ocasión ella se me abrazó por la cintura, cosa que me sorprendió un poco, pero que me gustó y que no quise evitar. Advierto que yo ya salía entonces con Mariví. Que este fue mi único "puto desliz" que negaba hace unas páginas. Que no he sido tan bueno como me estaba pintando... ¿O qué os creéis? Bueno, pues hubo un momento en que, abrazados como estábamos, la acerqué un poco hacia mí y, contentos, nos acercamos y nos dimos un solo besito en los labios que nos dejó muy sonrientes. Más tarde, cuando Blanca tenía que marchar a su casa, en la puerta del taxi que buscamos juntos a la salida de la discoteca, nuestras bocas pidieron a gritos otro muerdecillo que, en esta ocasión, duplicó su número. Intenté prolongar el último, pero ella puso su mano entre mi cuerpo y el suyo -al que yo

todavía permanecía abrazado- y me empujó hacia atrás, al tiempo que ella se introducía en el coche. Cerró la puerta y se alejó con una sonrisa.

>>Hemos estado hablando un rato de pie, quietos; pero ella se ha acordado de que yo, si estoy de pie, tengo que estar andando porque, si no, me duele la espalda. Me ha gustado ese detalle. Así que hemos caminado juntos un rato, riéndonos, preguntándonos mucho por nosotros, confirmando con matices lo que ya sabíamos por Víctor, un amigo común, con el que dos o tres veces al año quedo para tomar cañas.

>>Blanca sigue estudiando. Está en tercero de Políticas. No es que haya repetido, es que estuvo dos años trabajando de secretaria. Pero va bien, no ha perdido ni un año>>.

Jacinto y Blanca llegaron al lago. Se sentaron en una terracita. Una cerveza muy fresquita para él, vermú rojo para ella.

-¿Te acuerdas, Jacinto, del proyecto que tuvimos de dar la vuelta al mundo en coche? ¿Que tú decías que íbamos a ahorrar un par de años mucho dinero, que nos compraríamos un coche y que llegaríamos a Argentina, que allí lo venderíamos y que con lo que nos diesen compraríamos los billetes de avión para volver a España? ¿Y que ya tenías calculado cuándo teníamos que salir de Madrid para llegar al Estrecho de Bering en invierno, que es cuando está helado y se puede atravesar en coche?

-Sí, y que nos iríamos sin decir nada. Que todo sería un secreto. Que lo único que íbamos a hacer era dejar cada uno una nota en casa, diciendo que nos marchábamos juntos. ¿Te acuerdas que un día, en una mesa del Café Comercial, escribimos los que íbamos a poner? Juraría que todavía tengo esa servilleta guardada... Lo que sí que tengo guardado en un libro antiguo que compramos juntos en "La Felipa", ¿te acuerdas?, es una foto tuya en la que estás igual de guapa que ahora. La verdad es que estás igualita. Mira, te voy a decir, en la foto llevas una blusa

como verde con unas flores. El botón de arriba lo tienes desabrochado, pero tranquila, que no se te ve nada.

Rieron un rato y dieron un trago a su consumición. Jacinto se encontraba muy a gusto, y creía que Blanca sentía lo mismo. Estaban sentados juntos, mirando al lago, detrás y a la derecha de la estatua. Jacinto movió su codo hacia la derecha para apoyarse en el reposabrazos de la silla de Blanca. Esperó unos segundos y enredó sus dedos índice y medio en los rizos semirrubios de su pelo. Pareció no molestarse en absoluto. Blanca siguió hablando con la misma naturalidad. <<¿Te acuerdas que fumaba?>>, preguntó ella, <<pues ya lo he dejado>>, se contestó. Jacinto pensó en el cigarrillo rubio que siempre se fumaba cuando se tomaba algo con Blanca, y no quiso -y no pudo- dejar de hacerlo en esta ocasión. <<Ah, ¿sí? Pues yo voy a echarme uno>>. Se acercó al matrimonio mayor de la mesa de enfrente y, con toda cortesía, les pidió un pitillo y fuego. Dijo <<¿Y lumbre podrían darme?>>. Blanca y Jacinto se rieron. Hacía mucho que no oían ni utilizaban la palabra "lumbre". Se rieron sin decirse de qué, pero se entendían tan bien que no hizo falta, que sabían perfectamente por qué hacían cada gesto. <<Esto es lo que yo no tengo con Mariví>>, se lamentó Jacinto con un pensamiento.

-Estoy *súper* a gusto -afirmó contenta Blanca.

VI.-

<<Blanca y yo hemos comido juntos, en un bar cutre, la única elección presentada en el menú del día: sopa de cocido, escalope de ternera, pan, vino y postre o café. 1400 pesetas>>.

Un poco caro, pero a Jacinto le dio corte comentárselo a Blanca, porque él insistió en pagar. Han bajado juntos, por las aceras que recibían sol, hasta el Gijón. Allí estaba sentado el dueño, viejo él, preguntando a todos los que iban al servicio que si estaban consumiendo. Un joven, seguramente deseoso de conocer los antiguos lugares de tertulia, ha dicho que todavía no se había pedido nada, pero que iba a tomarse un café y una copa. El viejo le ha dicho que no pasara, que primero pidiese. A Jacinto le ha dicho que si le importaría dejar la gabardina en la percha, en vez de sobre el respaldo del asiento. <<Faltaría más>>, ha dicho. <<Usted perdone>>, se ha disculpado el hombre.

<<Blanca me ha preguntado que si es que no tenía que ir a casa. Realmente, no gano nada diciéndole cualquier mentira. Creo que es la única persona a la que he confiado todos mis secretos. Así que, aunque hacía mucho tiempo que no volvíamos a intimar, le he contado todo. Blanca me ha sonreído, me ha dicho que no me preocupe y me ha acariciado la cara. Luego me ha cogido la mano entre las suyas y me ha dado un beso en la mejilla.

>>Hemos hablado de música, de política, de cine, de la corrupción... Hemos paseado largo rato. Mucha gente me ha mirado por la calle. No quiero que Mariví se entere de esto. Le haría mucho daño. Y yo la quiero>>.

VII.-

<<Casi todos los días, cuando abro el buzón, pienso que estoy hasta las pelotas de recibir sólo cartas escritas a máquina o con ordenador. Hoy, afortunadamente, ha sido distinto. Entre unas cuantas de Caja Postal, de Banesto y de los recibos de la puta Visa he encontrado una remitida por Manolo Lobo. ¡Qué ilusión! He dejado las demás donde las encontré y he preferido no abrirla en el ascensor, y eso que ha subido conmigo el típico vecino que va más arriba que tú, y al que tienes que andar esquivando la mirada, para no forzar una conversación inútil y absurda. Así que, en la interminable ascensión, he ido apoyado en la esquina y haciendo un ruido ridículo con las llaves, todo para lograr el silencio más absoluto, para evitar que abriese su boca comentándome que, efectivamente, hace mucho calor.

>>¡Cómo no! Mariví estaba haciendo la comida, y con hoy son tres los días que no me saluda. Ayer, queriendo forzarle una sonrisa, le di un toque en el culo cuando llegué, y a poco me estampa de un guantazo en la puerta del frigorífico. Es igual. Peor para ella. Creo que no es para tanto.

>>He ido rápido al cuarto de baño, me he encerrado y he leído la carta de Manolo. ¡Ah, coño!, no lo he dicho (y lo explicaré aquí, porque es un mal rollo andar tachando y copiando párrafos en mi precioso cuaderno, o señalando con una flecha el lugar que corresponde a cada uno): Manolo Lobo es un chaval que conocí en un rodaje. Trabajó de actor secundario en varias películas hasta que reunió dinero y marchó a Hollywood a probar fortuna, porque una pitonisa, que luego salió en los periódicos que la habían detenido por estafadora, le dijo que no esperase más, que allí le esperaban la fama y la gloria.

>>En la carta, Manolo me cuenta que ha venido ahora, después de nueve meses trabajando de camarero en un restaurante de españoles por treinta dólares diarios. Que los tíos son muy majos, pero -y cito textualmente- "unos jodidos explotadores, que me han tenido currando 12 horas diarias y librando sólo los lunes por la tarde". Bueno, pues ha venido, y está en el pueblo de sus padres, desde hace quince días. Pero dice que ya tiene ganas de Madrid y que va a venir pronto, que me llamará un día de estos. Que también ha escrito a Javi Cáceres para que quedemos los tres. Este último es amigo de Manolo, y mío por añadidura y trato, ya que más de una vez hemos estado los tres por ahí tomando cañas.

>>Javi Cáceres acabó por fin su Ingeniería Técnica Forestal, ocho años después de que comenzase; aunque, como dice él, "no son ocho, sino siete, porque acuérdate de que el primero lo pasé todo el día en la cantina de la Escuela, jugando al mus y bebiendo cerveza". Y es cierto, y por lo visto tuvo que pedir un suplicatorio para seguir estudiando, ya que aquel curso no logró aprobar ninguna asignatura.

>>Las fiestas de Navidad de los Forestales tienen su familia. Javi Cáceres siempre las ha vivido intensamente. Todos los años ponen una especie de puestos en los que venden pinos o abetos -yo no distingo y, siempre que me han explicado la diferencia, la olvido con rapidez- para adomarlos con bolas y regalos... en fin, lo habitual en esas fiestas. Bueno, pues suelen levantar hogueras junto a los puestos, porque el frío arrecia y, además, forma parte de la tradición y da más parafernalia a la cosa. Y estaba el Javi en una de estas hogueras con sus peores ropas, para que las buenas no cogieran olor a humo. Sobre todas ellas y protegiéndolo un poco más de las bajas temperaturas, una zamarra antiquísima, en uno de cuyos bolsillos guardaba, asomando, una botella de coñac, para aliviarse la garganta y pillarse una cogorza aún mayor. Pues en un momento en que Javi paseaba solo para no enfriarse apareció por allí Pepe Flores, un compañero suyo de EGB y algunos cursos de BUP del colegio privado, con su novia formal cogida por el hombro y apenas

un par de cervezas en el cuerpo. Hacía -calculando- siete años que ambos no se veían, y resulta que aquella noche el Javi -porque Javi Cáceres no era Javi, sino "el Javi"- iba sin afeitarse, negro de humo y con barba de tres días, y el coñac asomando. Y, además, en los precisos instantes en que Pepe Flores lo reconoció, Javi Cáceres llevaba encima una soberana castaña... de esas que uno cree que no se le nota, se lo pasa estupendamente, pero resulta que está haciendo el ridículo. Pues Pepe Flores se le acercó, le preguntó con pena que cómo le iba y al Javi se le trabó la lengua y no pudo contestar. Pepe Flores se fue alejando con la novia y Javi intentó acercarse a él para convencerlo de que no había caído tan bajo, que seguía estudiando, que no se había convertido en un pobre vagabundo... pero Javi se tropezó con su pie derecho y cayó de boca en un jardín>>.

VIII.-

<<Pasado mañana comienza el rodaje, y el día de hoy se me presenta emocionante e intenso por la mañana, relajado por la tarde y posiblemente divertido por la noche>>, escribió Jacinto en su cuaderno mientras desayunaba, solo en casa. <<Y es que ahora he quedado con Blanca, que iremos al Rastro a mirar unos puestos y, luego, a comer. A las seis tengo partida con Manolo, el Javi y un tío al que ha llamado uno de éstos. Luego, nos iremos los tres a cenar de tapeo y, por fin, de copillas. Ojalá y salga todo tan bonito como me lo imagino>>.

A continuación, Jacinto escribió cosas de Mariví en un par de párrafos. Son cosas interesantes, lector, créeme, y pagarías por conocerlas; pero las tachó enseguida y, aunque se distinguen perfectamente, le guardaré el secreto.

IX.-

Jacinto llegó puntual a su primera cita con ella después de tantos años. Esperó cinco minutos en la Glorieta de Embajadores, leyendo los titulares de la prensa en un quiosco, y acudió ella. Se sonrieron de lejos y Jacinto le guiñó el ojo como había ensayado.

Se acercaron, se dieron dos besetes y, al rato, ya estaban profundizando entre la gente que abarrotaba los puestos.

Blanca miraba blusas, camisetas y objetos de cuero de los puestos de negros. Jacinto atendía a las descripciones de lo que ella buscaba y, de vez en cuando, le señalaba algo del puesto de enfrente. También se creyó en la necesidad de unas gafas de sol, y fue lo primero que se compró. Jacinto le señaló un tenderete en el que había camisetas como las que ella quería. Se acercaron y Blanca quiso probársela antes de pagarla. Jacinto hizo intento de cogerle el bolso para esperarla fuera, pero ella lo cogió de la muñeca y lo arrastró al interior del probador. Blanca echó la cortinilla que les separaba de la calle, sonrió y besó a Jacinto en la boca y se subió la camiseta que llevaba puesta. Jacinto estaba ahora muy cerca de algo que había deseado hacía muchos años. Pero, también, que había deseado durante muchos años. Blanca tenía la piel morena, pero de un tono suave; las manos pequeñas, con las uñas recortadas y reforzadas por un esmalte incoloro. Los labios grandes, bien perfilados, de un precioso color rojo tenue y natural. Los dientes, blancos y pequeños, con una sola mancha más blanca aún en el centro de uno de los más visibles. Su sujetador era blanco, suave, con un semicírculo entre los dos pechos, con encajes por arriba. Jacinto continuó besándola, aunque se interrumpía a menudo para abrazarla como nunca antes lo había hecho con nadie. Le pasaba las

manos por la cintura, por el vientre, se detenía en el ombligo... bajó sus dedos y le desabrochó el primer botón del pantalón, y deslizó su mano hacia atrás, para pasar unos dedos entre su carne y las braguitas. Luego subió hacia el pecho, en donde se detuvo unos instantes, mientras con la otra mano le acariciaba la cintura. Blanca respondía con movimientos semibruscos de la cabeza y mordiscos y besos por el cuello. Le tiraba del pelo, lo tomaba por la espalda... pero no pudieron seguir. El peruano que regentaba el puesto les rogó que se apresuraran, porque había gente fuera que esperaba. Salieron pronto, cogidos de la mano y felices, y Blanca compró la prenda sin habérsela probado.

Iban contentos, andando deprisa, cogidos, nerviosos. Ya casi era la hora de comer. Blanca vivía sola, en un pequeño apartamento de alquiler que no estaba muy lejos. Se marcharon hasta allí en taxi. Encargaron una pizza para comer y allí se quedaron, sin poder abrir al chico que se la llevaba.

X.-

Jacinto, claro, acudió con casi media hora de retraso. Sus compañeros de partida le esperaban algo nerviosos en la mesa, con los amarracos y las cartas sobre el tapete, algo nerviosos por si Jacinto les fallaba.

Dejó la chaqueta en el perchero, saludó efusivamente a sus dos amigos -sobre todo a Manolo, con quien luego departiría un rato, antes de la partida, sobre su estancia en las Américas- y cortésmente a Cosme, amigo de Manolo. Se disculpó de su tardanza y la atribuyó a la lentitud del autobús.

-Bueno, al mejor de tres vacas, con juegos de cuarenta tantos. Pedimos unas consumición en cada vaca y las pagan los que pierdan al final, ¿no? -preguntó Manolo.

Todos asintieron. Jacinto, queriendo dar nostalgia a la situación, añadió un <<Como siempre>>, que buscaba la confirmación de sus amigos:

-Eso, como siempre.

Echaron las parejas a reyes. Jacinto y Manolo contra el Javi y Cosme. Corrido y sin señas la primera mano. Treinta y una sin pares para Jacinto al primer descarte, y duples gallegos para su pareja.

-Tres de treinta y una y tres de duples, seis. Con chica en paso, siete y dos del envite, nueve. Con una de aquí, diez.

Y es que Cosme, que era mano sobre Jacinto, sacó treinta y dos. Envidió a Jacinto para acojonarle, pero éste vio su apuesta.

-Pero coño, Cosme, si llevas treinta y dos échale cinco, pero no le envides, que han *cortao* ellos el mus y te va a querer.

<<El ajeno al mus no se entera de la fiesta ni media>>, escribiría después Jacinto con orgullo, sintiéndose elegido conocedor del secreto de una minoría.

-Bueno, una vaca a cero, machos -informó Jacinto-. ¿Qué queréis tomar? -se cachondeó.

XI.-

Tras los noventa minutos que, como el fútbol, toda buena partida de mus debe durar, Jacinto, Manolo y Javi marcharon en coche en dirección a la calle Huertas, con la intención de aparcar en el primer hueco. Lo buscaron por las callejuelas hasta que -por imposibilidad demostrada- decidieron dejarlo sobre un paso de peatones.

Cenaron unos "bocatinés" variados en el famoso bar, que regaron con cerveza y vino. Javi decía saber de buena tinta que los mejores Rioja se hacen con uva importada ilegalmente de Valdepeñas. Manolo decía haber oído lo mismo de los espárragos de Navarra: que también se cosecha una gran cantidad de ellos en Ciudad Real. Y es que ambos tenían sangre de esta provincia, y el amor a la "patria chica" se nota en todo eso. Por tanto, no se creyeron que la presunta leche de oveja de los quesos manchegos era, realmente, procedente de vacas del norte de España.

Tras muchas rondas de discusiones, y una más a la que fueron gentilmente invitados por el camarero, los tres amigos salieron en busca de bares de coqueo. Tras un par de intentos en sendos *pubes* que no agradaron a ninguno, Jacinto se fijó en un cartel luminoso que se veía hacia la mitad de una calle oscura que caía a la izquierda. Allí ponía "El Dorado", en letras que cambiaban continuamente su color del rojo al verde. Se fueron acercando y podían escuchar las notas musicales de Bob Dylan que la puerta entreabierta dejaba escapar.

Pasaron el examen visual del portero cachas, con gafas oscuras -a ver para qué, a esas horas- y un pañuelo negro anudado a la cabeza calva y se dirigieron a la barra a pedir. Charlaron tranquilamente el rato que les duró la primera consumición y, después, como el alcohol iba distribuyendo por sus cuerpos su inconfundible calor, los tres se dirigieron a un baffle para dejar sobre él sus cazadoras, bufandas y demás

objetos de abrigo. En la pista bailaba un pequeño grupo de personas. Destacaban -pues así coincidieron Jacinto, Manolo y Javi- dos chicas que bailaban solas: una, rubia, tenía las piernas muy delgaditas y cubiertas con unas medias negras casi opacas. Vestía con una camiseta marrón claro muy ajustada. <<Tiene buenas tetas>>, dijo Manolo. <<Sí, señor>>, contestó Jacinto, <<pero ya se sabe, teta que mano no cubre no es teta, sino ubre>>. Jacinto se le acercó, como buscando algo, para poder fijarse mejor en ella. La chica lo notó, se rió, y se puso de espaldas a él. <<También está muy bien por detrás>>, pensó. Y era cierto: llevaba una faldita blanca, con un estampado, a una cuarta por encima de la rodilla. La chica, sonriente, volvió la cabeza un segundo y miró a Jacinto. Tenía la cara algo blanca, y los labios pintados de un rojo que hacía un gran contraste con su piel. El pelo lo tenía corto y el culo respingón. Su amiga, morena, era igualmente casi escultural: llevaba una camiseta gris, también ajustada, y un pantalón de mallas que le ceñía por completo las piernas. Ésta bailaba frente a su amiga y, también, frente a Jacinto. La chica era bien guapa, como la otra. Las dos eran altitas, con buen tipo y con el punto justo de elegancia. Tal y como le gustan a Jacinto. Y a cualquiera.

Jacinto quiso volver con sus dos amigos para comentarles, y lo hizo mientras pedían su enésima consumición: <<¡Vaya tema!, ¿eh, machos?>>, dijo, señalando hacia atrás con el pulgar. Para Jacinto, sólo una Coca Cola, sin whisky, que ya iba a ser demasiado. Se movieron un rato al ritmo de Bob Marley y, ya a las cuatro, los tres amigos decidieron marcharse a casa. Cogieron sus abrigos y salieron hasta una calle principal. Jacinto buscó su cartera en los bolsillos de la trenca para guardar en ella las vueltas de mil duros menos el importe de la ronda que le tocó pagar. No la encontró. En su lugar, había una cartulina rosa doblada con una anotación: <<Si quieres recuperar tu cartera, pásate esta noche por Carrera de San Jerónimo, 61 y sube al 5º H. Te espero. S.E.>>.

Jacinto y sus amigos no daban crédito a aquello. Podría ser, sin más, un chorizo cachondo con ganas de seguir fastidiando. <<O, ojalá>>, pensó Jacinto, <<una de esas dos chicas bailonas con ganas de conocerme>>.

Todos menos Jacinto, que enseguida se obcecó con su pensamiento, dudaron un momento. Manolo y Javi intentaron convencerlo para que olvidase el tema, para que ni siquiera lo denunciase. Volvieron al coche, ya multado, y en él siguieron discutiendo. En un cruce, Jacinto no permitió que continuasen quitándole la idea y, tras rogarles silencio, pidió a Manolo que lo llevase al 61 de la Carrera de San Jerónimo.

-Estás tonto, coño. Vas a llamar al timbre y el que viva en esa casa te va a matar a palos. No seas cabezón y vete a casa -Manolo siguió insistiendo.

-A mí, como comprenderás, Jacinto, me la pela... Pero mañana te llamo para que me cuentes. Ten *cuidao*, coño, a ver si va a ser eso algo raro... -le aconsejó Javi.

Llegaron prontamente a su destino, pues a esas horas el tráfico era escaso y no parecían existir señales de limitación para Manolo. Jacinto salió del coche y, tras cerrar la puerta, se despidió de ellos por la ventanilla con un <<Ya os contaré>>. Ellos, por su parte, le pidieron cuidado.

El portal estaba cerrado y oscuro. Jacinto dudó: <<Mira que como lleven razón éstos y haya dos tíos ahí dentro esperándome...>>. Pensó en irse, pero tocó la cartulina rosa dentro de su bolsillo y decidió llamar, sin más titubeos, al 5ºH. Buscó la luz del portero automático y, tras localizar el piso, apretó con miedo el botón dos veces seguidas. Con un nudo en la garganta esperó la contestación, que fue un cálido <<¿Quién es?>> con voz de mujer. Jacinto, tembloroso, pronunció entrecortadamente su nombre y la puerta se abrió.

Atravesó el portal a oscuras, pues le daba miedo tocar por las paredes para buscar los interruptores. Se guió por la luz del ascensor, que aparecía reflejada en el mármol del fondo. Abrió y cerró el arcaico sistema de puertas del ascensor y, *alea jacta est*, se dirigió, impasible, al quinto piso. Salió y cerró la cabina y encontró la puerta H entreabierta y a la morena de la camiseta gris esperándolo, con la cabeza ligeramente asomada por el hueco.

Con una sonrisa lo invitó a pasar y le ofreció una copa. La casa era pequeña, pero bien decorada. Se sentaron un poco separados, pero en el mismo sofá. La chica llevaba la misma ropa que en la discoteca. Se cruzó de piernas y, mientras le sonreía, le tocaba con la punta del zapato a la altura del tobillo, por debajo del pantalón. Jacinto perdía progresivamente el miedo. En la casa no parecía haber nadie más. Encima de la mesa sobre la que apoyaban las copas estaba su cartera, pero Jacinto prefirió no cogerla aún y acercarse un poquito más a Susana, pues éste era su nombre. Se cogieron las manos y entrecruzaron los dedos. A continuación, acercaron sus bocas y se dieron un pequeño chupetón de labios. A Susana, éstos se le unían en una gruesa y turgente comisura; eran rosas, brillantes, frágiles, salidos directamente de la mano de Dios. Dejaron los vasos sobre la mesa y volvieron a besarse. A continuación, Jacinto desabrochó a su amiga los cuatro botones que tenía el escote de la camiseta; pero Jacinto necesitaba más, y procedió a subírsela completamente.

XII.-

Unos minutos antes de las siete de la mañana, Jacinto salió de esa casa extraña y, velozmente, marchó a la suya, para acostarse en algún sitio antes de que Mariví se levantara.

No podía meterse con ella, porque entonces la despertaría y sería descubierto. Tampoco en el sofá del salón, porque era muy probable que ella se hubiera levantado al cuarto de baño, y el salón pilla de paso.

Dudó un poco en el ascensor de su casa, porque en el taxi no había tenido tiempo: estuvo durmiendo hasta que el antipático conductor lo despertó gritándole la cantidad debida. Ya arriba, se dirigió directamente al cuarto de estar, abrió el armario semiempotrado y sacó la cama de los huéspedes, que tenía las sábanas dobladas y colocadas sobre el colchón. Las puso como pudo, sin apenas extenderlas; se quedó en calzoncillos y se metió en el sobre, ya resacoso, a planchar oreja.

XIII.-

Serían las tres cuando Jacinto despertó con los oídos pitando, la lengua gorda y pastosa y la cabeza tonta. Mariví ya se había ido. Dio una vuelta por la cocina, a ver si había algo que llevarse a la boca, pero fuera de la nevera sólo halló una cucaracha de las rubias, chiquitilla, que tuvo la osadía de esquivar su pisotón y escapar por una rendija. Jacinto, defraudado por su mala puntería, salió de la cocina y se sentó a mear en el váter. Activó la mente y por su cabeza pasó de largo Susana. Echó marcha atrás y la vio pasar de nuevo. Se acordó de la cartera, de Carrera de San Jerónimo, de la copa que se tomó allí, de su boca, de su cuerpo, de su cama, de sus olores, de su voz y sus gritos... y Jacinto no pudo soportarlo y se puso a llorar. Se acordó también de que unas horas antes había estado con Blanca, escondido tras las lonetas de un puesto del Rastro y, más tarde, en su casa. Mientras, Mariví supervisaba todos sus pensamientos, pues en su cabeza estaban las tres mujeres, pero la que él quería y la única de la que realmente estaba enamorado auditaba todos los recuerdos que tenía del día anterior. Se levantó deprisa, se miró en el espejo y se avergonzó de su imagen, y la insultó. Se dijo cabrón e hijo de puta, pensó en cortarse las venas allí mismo, o en acercarse al Viaducto y arrojarse al vacío. Se puso de pie, se apoyó en el lavabo, y vio cómo las lágrimas le caían por su cara de desesperación. También pensó que ese del espejo no era él, o que todo había sido un mal sueño. Quiso acordarse de alguien en quien confiar para contarle su secreto, para arrancarse esa amargura que le poseía, pero sus actos le parecían tan horribles que creyó que nadie podría jamás comprenderlo, y que -si algún día se enterasen- todos sus seres queridos renegarían de él. Prefirió tragarse él solo toda su pena, y entonces se metió en la ducha, luego se afeitó y perfumó bien, se cepilló los dientes y se echó elixir, y salió a comprar un buen regalo a Mariví, sin tan siquiera haber comido.

XIV.-

Estuvo en El Corte Inglés, en Cortefiel y en otras tiendas de moda. Buscó para ella el vestido y los adornos más bonitos. Tardó varias horas en encontrarlo todo. Antes de las ocho estaba ya en casa, y supo que Mariví había estado allí porque la cama en la que él había dormido estaba cerrada y la habitación mostraba un perfecto orden. Jacinto, ya menos preocupado -pero igual de arrepentido-, sólo dijo a las paredes una blasfemia seguida de <<Se me ha *olvidao* arreglar esto>>. Colocó los periódicos y limpió los ceniceros del salón. Puso todo en orden e incluso barrió con escaso arte los alrededores del tresillo. Quitó las miguillas de encima de la mesa y extendió elegantemente los regalos con los que pretendía sorprender y encandilar a Mariví. Se fue a por un refresco a la cocina, cogió un cigarro de uno de los numerosos paquetes que Mariví se iba dejando por ahí y se sentó, con un periódico viejo, a esperar a su amada.

Se encontraba bien. Estaba limpio, discretamente elegante e ilusionado. Deseaba que apareciese Mariví y que le sonriese. Parecía que se retrasaba. Eran ya casi las diez y por allí no aparecía. Tampoco había llamado, y Jacinto no quería llamar a casa de sus padres por si estaban enterados de lo mal que se había portado con ella. Jacinto se inquietaba. El vestido y los pendientes seguían ahí, perfectamente colocados, pero ya impregnados con un poco de olor a humo, pues Jacinto se había levantado varias veces a por tabaco. El periódico que comenzó a leer lo había dejado desordenado encima del tresillo, y ya tenía los pies encima de una silla que se acercó. Empezaba a estar rabioso, pero él quería creer que era preocupación, aunque sabía que no, pues se reconocía sin derecho a enfadarse. Le mataba la idea de que Mariví pudiese estar imitando sus gestos de la noche anterior.

Jacinto ya no olía a la colonia que con tanta ilusión se había puesto. Y, de tanto tocarse la cabeza, se había despeinado. En todo el día sólo había comido una empanadilla con muy poco bonito. Se empezaba a cansar, y las tripas le armaban un ruido escandaloso. Metía los pies en los zapatos y se acicalaba cada vez que oía la escalera o el motor del ascensor; pero nunca era Mariví. Buscó un despertador, que puso a su lado para que sonase a las 7:50. Encendió la luz regulable de la lámpara de pie, apagó la del techo, y se quedó a dormir en el sofá.

XV.-

Se levantó a su hora, y eso que se había despertado varias veces en toda la noche: ora por el frío -pues no tomó la precaución de echarse una manta-, ora por sus comeduras de cabeza, ora porque oró a las cinco para pedir perdón a Dios y rogarle que Mariví y él volvieran a estar tan unidos como siempre. Aprovechó uno de estos momentos para hacer pis y, de paso, echar un vistazo por la casa para buscar a su amada. Pero no la encontró: a las 7:53, tras los fuertes bostezos de Jacinto, seguía reinando en la casa el silencio más absoluto.

Jacinto se entristeció. Siempre que iba a trabajar, por muy temprano que tuviera que levantarse, Mariví se encargaba de animarle para que abandonase la cama: le daba un besito en los labios, le besaba el cuello, el vientre y, a veces, continuaba un poco más abajo y allí se entretenía: lo justo para que él se espabilase; entonces, ella se retiraba y se metían juntos en la ducha.

Pero hoy no podía ser así. Jacinto se duchó solito e ignoraba en dónde ella había pasado la noche. Suponía que en casa de sus padres, y esperaba que éstos nunca supiesen que Jacinto había estado una noche sin aparecer: ¡Qué iban a pensar los suegros! Y se acordó de una frase: <<Mi suegra es encantadora, pero de serpientes>>. Fue el primer momento del día en que esbozó una sonrisa.

Desayunado y limpio, Jacinto buscó su cuaderno de tapas de corcho, arrancó una hoja con todo el dolor de su corazón y escribió: <<Perdóname, bonita, que te quiero mucho>>. Luego bajó al garaje a por el coche. A las nueve y media tenía que estar en los estudios "Alcorcón" -en la villa del mismo nombre- para comenzar el trabajo.

Hacía tiempo que no iba a Alcorcón, y, por si acaso, abandonó Madrid con bastante antelación. Llegó unos minutos antes de la hora, así que aprovechó para escuchar, sin bajarse del coche, el final de la tertulia radiofónica que tanto le gustaba.

Cuando comenzó la habitual sintonía de despedida, Jacinto extrajo el radiocasete y lo escondió, como hace todo el mundo, debajo del asiento.

En los estudios, que en realidad no eran más que una nave industrial reformada y adaptada, ya estaban todos sus compañeros de trabajo: casi todos los miembros de la larga lista de personas con que suelen terminar las películas. Jacinto saludó amablemente a todos los allí presentes, excepto a Cristina Manzanero, a la que -aprovechando que charlaba animadamente con uno de los productores-, sólo ofreció una mueca lejana; algo parecido a una sonrisa.

Jacinto, ahora más que nunca, se sentía culpable de haberse comprometido a trabajar en ese papel. Se acordó de sus dos recientes y únicas aventuras extramatrimoniales, e imaginó -aunque enseguida intentó llevar la mente a otros pensamientos- la escena en la que su compañera de reparto se despelota delante de él. <<Está buena>>, pensó mientras la miraba de reojo. Pidió un cigarro. <<A ver si me voy a volver fumador>>, pero lo encendió y no lo apagó hasta que el único sabor que notó fue el del filtro. En la última calada se quemó los labios.

Tras una breve reunión en la que trataron los cambios que el productor había recomendado a última hora, la forzosa aprobación de todos, y un café de la máquina que allí mismo había, sonó el <<clac>> que anunciaba la escena primera, toma primera.

XVI.-

La película contaba la segunda parte de "Ya no me da tiempo a huir", novela que tuvo gran éxito a finales de los ochenta. Su autor, Lázaro Stoller -de padre español y abuelo inglés- se resistió durante años a los ruegos de su mujer, que le pedía que probara suerte en alguna editorial, pues era pecado guardar celosamente en casa semejante obra maestra. Eso mismo pienso yo de estas cuartillas, improbable lector -y por eso me permito tratarte del mismo modo en que lo hace Jacinto-, pero nadie trata de convencerme. Bueno, pues cuando Lázaro Stoller envió a las más importantes editoriales sus folios fotocopiados y encuadernados al gusanillo, cuentan que tuvo que llamar a su hijo Paco, el perito agrícola, para que le dedujese con qué oferta iba a ganar más dinero. Porque en tal sitio le decían que no sé cuántos millones, que este tanto por ciento sobre ejemplar vendido, que otra pasta por cada nueva edición y que una columna todos los miércoles en El País; aparte, claro, le prometían ser finalista de su prestigioso premio. Que ganador no, porque eso lo reservaban para escritores ya consagrados, fíjate. Esto último, claro, se lo dijeron por teléfono, porque tú imagínate que eso -aunque ya lo sabe todo el mundo- sale a la luz pública, y encima plasmado en un papel: se va al garete la editorial, el famoso premio y el resto de leches que tenga la empresa. Pues en cual otro sitio, de sólo un poco menos renombre, le ofrecían más dinero, pero menos porcentaje; ahora bien, la columna no era tal ni en El País, sino un cuadro de dieciocho por trece en ABC. Y además, no los miércoles, sino los domingos, cuando todo dios compra el periódico. Ahora bien, tenían docenas de contactos para tantos otros premios célebres. Vamos, que casi le prometían el Nobel para dentro de treinta años.

Conque Paco el perito tuvo que comerse la cabeza pensando: <<Qué se venderá más, El País los miércoles o el ABC los domingos: pues tal periódico. Cuántos ejemplares venderá esta editorial: pues supongamos que tantos. ¿A qué precio? Pues a tantas pesetas. ¿Y tal otra? Y este premio da esta cantidad, y este otro da tanto menos. Ahora bien, éste seguro que nos lo llevamos, y la probabilidad de llevarnos éste es...>>. Así que Paco multiplicó, sumó, dividió, restó impuestos y, tras dos días de cavilaciones, se acercó a casa de su padre y le dijo: <<Padre, yo que usted me decantaba por Editorial Mercader. Mire las cuentas que he hecho>>. Y Lázaro Stoller, con esa confianza que demuestran algunos padres en sus hijos, miró el papel sin ponerse las gafas, dio a su hijo una palmadita en el hombro y dijo: <<Muy bien, macho, ahora mismo llamo a Ediciones Occidentales>>.

XVII.-

La jornada de trabajo había sido larga y dura. Y, como bromeó uno de los cámaras, <<agárrame la jornada de trabajo>>. Hacía un ratillo que había anochecido; claro que, a primeros de noviembre, a las siete ya hay que iluminar la calle. Cuando comían, Cristina Manzanero quedó con Jacinto en que volvería a Madrid con él, pues sus casas quedaban cerca, y de paso la de ella para ir a la de él. Por eso, Jacinto esperó a unos metros del probador a que ella saliera de éste con su ropa de calle. Terminó su enésimo cigarrillo del día, lo arrojó al suelo y, mientras lo pisaba, giró involuntariamente la cabeza hacia el hueco que quedaba entre la cortina del probador y la tabla que hacía las veces de tabique. Allí estaba ella, con la blusa desabrochada y unas preciosas braguitas blancas bordadas, cogiéndose el pelo para hacerse una coleta. Jacinto, inmóvil, continuó con el pie sobre la ya inofensiva colilla. Cristina Manzanero movió el brazo para coger una horquilla de la repisa y saludó a Jacinto con la mano a través del espejo. Jacinto sonrió tontamente y volvió la cabeza, rojo de vergüenza y de deseo.

XVIII.-

No se vaya a pensar el lector -si lo hubiere- que Jacinto paró y subió a casa de Cristina Manzanero, o que hábilmente se introdujo en el vestidor a echar un casquete. Y que, en cualquiera de los dos sitios, se reproducirían escenas similares a las que el actor había vivido hacía pocos días. Qué va. Ella sólo preguntó a Jacinto qué le había parecido. <<Poco cansao, ¿no?>>, contestó, confirmando la respuesta con su tono. <<No, si digo lo del vestuario>>. <<¡Ah! Je, je.>>, rió sin gana, <<Que muy bien, muy bien>>. Luego, estuvieron un par de minutos sin hablar, y ella descansó su brazo izquierdo en el reposacabezas del asiento de Jacinto. Así, al frenar, al tomar una curva o al cambiar de marcha, la mano de Cristina Manzanero rozaba la cabeza de Jacinto y mantenía encima las yemas de los dedos por unos segundos, y él se ponía muy nervioso y dirigía los ojos al retrovisor interior, deseando sinceramente que Cristina quitase de una puta vez esa postura.

La miró de reojo: <<Está buena>>, pensó Jacinto una vez más; pero yo sé, lector -si es que estás ahí-, que Jacinto no quería tomarla, que sólo deseaba llegar a casa y encontrar allí a su amada Mariví (y es que yo también pienso que Cristina Manzanero está buena, coño, las cosas como son). De todos modos, Jacinto dudó al plantearse qué contestar en caso de que Cristina le ofreciese subir a su casa. Pero raudamente halló la repuesta -negativa, por supuesto- y se sintió orgulloso de sí mismo.

Por fin, tres farolas antes de llegar a su casa, Cristina cogió el bolso de mimbre del asiento trasero con su mano izquierda y abandonó la cabellera de Jacinto. Antes de salir, le apretó cariñosamente la mano, que mantenía sobre la palanca en punto muerto, y se despidió con una sensual sonrisa y un exquisito <<Hasta

mañana>>. Jacinto, como el perfecto caballero que de joven quiso ser, aguardó hasta que Cristina entró en su portal, cerró la puerta y encendió la luz. Dése cuenta el perspicaz e improbable lector que Jacinto, inteligentemente, mató dos pájaros de un tiro: estaba quedando estupendamente y, además, aprovechaba -como es lógico y todo el mundo haría- para disfrutar con el delicioso contoneo de las caderas de su compañera. Jacinto le dijo adiós con un simpático gesto, que él quiso entregar como cortés, pero que acaso -pensó- fue recogido por Cristina como una decepción por no haberlo invitado a subir. <<Qué tonterías pienso, coño>>, dijo en voz alta. Y aceleró para alejarse ya de allí.

XIX.-

Jacinto subía en el ascensor buscando en su llavero la llave adecuada. Deseaba llegar a su casa y verla convertida nuevamente en su hogar. Pensó en que a lo mejor necesitaban tener un niño: <<Un niño da alegría y debe de unir mucho>>. Se imaginó a Jacintito con seis meses, dando por culo a las cuatro de la mañana porque el niño no se quería dormir, y a él mismo cantándole una nana: podría ser la de "Duérmete niño, duérmete ya"; pero Jacinto -pensó tras encadenar unas ideas en ese momento- que de joven quiso ser macarra, y ahora no lo era sino frustrado, de siempre había tenido unos gustos más rockeros que ese soso ritmo. Se acordó entonces de aquella canción de Siniestro Total:

*...Veo un tronco y una sierra
y un rebaño de ovejitas
y un montón de zetas.
La Coca-Cola, sin cafeína;
el Nescafé descafeinado
y la cama ya me espera.*

En todo lo que da de sí subir en ascensor hasta un sexto, pensó que a lo mejor al niño le daba por la guitarra eléctrica y se metía en un grupo de moda a vivir del cuento. Jacinto disfrutó dos pisos con este pensamiento. Luego se imaginó a Jacintito con caca: <<Eso sí, no pienso cambiarlo>>. A todo esto, mientras pensaba, cantaba e imaginaba, colocó la carpeta con el trabajo de mañana sujeta entre las piernas y se arregló el pelo con las manos. Perfumó su boca con un aerosol de clorofila. <<Ojalá esté en casa mi mujercita>>. Mojó con saliva las puntas de su

dedos índice y meñique y, abriendo poco a poco el mismo gesto que simboliza los cuernos, se peinó las dos cejas simultáneamente.

El ascensor paró, y Jacinto dejó de arreglarse, y se dirigió con una sonrisa de esperanza a limpiarse la suela de los zapatos en la alfombrilla de la vecina. Por fin, abrió ruidosa y completamente la puerta y allí, detrás de la última puerta del pasillo, podía verse a Mariví apoyada en la mesa del salón, en bata y con los brazos cruzados. <<Me cago en diez, pero qué le pasa a esta tía>>. Jacinto cerró y echó la cadena. Caminó despacio y entró al salón. Tiró la carpeta sobre el sofá y dijo:

-Pero Mariví, niña, ¿todavía estás enfadada?

Y Mariví le sonrió, se quitó la bata y apareció ante sus ojos con el vestido que Jacinto le había comprado. Estiró el brazo y encendió el tocadiscos. Comenzó a sonar "For ever", de Supertramp. Se acercó a él, lo cogió de la cintura y quiso bailar. Jacinto no pudo, tenía la vital necesidad de besarla antes en la boca. Entonces sintió el perfume que también le había traído. Mariví apagó la luz y sólo quedaron iluminados por los cuarenta vatios de la lámpara de pie.

XX.-

Aquella mañana, Jacinto estaba muy cansado. Se acostaron tarde y, cuando lo hicieron, se entretuvieron un buen rato hasta conseguir dormirse. Menos mal que ahí estaba Mariví, su Mariví, para ponerle en pie. Jacinto se hizo el remolón, el que no se daba cuenta, para que Mariví siguiese con la historia de por la mañanas. Estaba feliz, y sabía que Mariví también. Todavía no habían hablado de los días pasados, y Jacinto deseaba no hacerlo nunca.

Se ducharon juntos. Mientras él se vestía, Mariví le hizo su café de cafetera, no ese malísimo de bote que deja posos flotando. Su par de tostadas recién hechas, su mantequilla y su mermelada de fresa. Su vaso de agua fresquita. Su programa favorito de radio. Su chica enfrente. Sus lejanas rodillas en ligero contacto. Faltaba el periódico del día, que sustituyó por un cigarrito de los de Mariví, que se extrañó, pero que no comentó nada. <<Lo mismo es un cigarrito que el periódico>>, pensará el desocupado lector. Pues sí, coño; en esas circunstancias, sí.

Luego, Jacinto se cepilló los dientes, se mojó la punta de un dedo con perfume y se tocó con él en dos o tres lugares del cuello. Eligió un par de cintas del maestro Rosendo y las guardó en el bolsillo de la americana que se estaba poniendo con ayuda de su esposa. La besó y le dijo un par de cosas bonitas. Salió de casa, cerró la puerta y bajó a por su coche.

Cogió el radiocasete del original escondite, arrancó, metió una cinta que sacó de la chaqueta y puso "Navegando" a toda potencia.

Coincidió la pausa entre canciones con el paso junto a la casa de Cristina Manzanero y pensó por primera vez en ella. <<¿Por qué no me dijo anoche que

pasara hoy a por ella? Bah, mejor así>>. Con el reinicio del guitarreo abandonó el pensamiento y canturreó:

*Sé que no estoy en mi juicio,
que me falta inspiración.
Todo me saca de quicio
¡qué desilusión!
Odio salir a la calle
y en la televisión
"El Rock and Roll es un arte"
¡qué desilusión!*

XXI.-

Jacinto había recobrado la paz con su mujer: era dichoso y se sentía afortunado; pero le molestaba una espinita de culpabilidad. Tal vez hubiera tenido que hablar con Mariví y decirle que le puso dos veces los cuernos. <<Pero qué mal. Cómo le voy a decir eso... Si es que la propia frase ya es horrible. Los cuernos, ni más ni menos...>>. Se imaginó a Mariví con las astas de un ciervo. <<Por Dios, qué gilipollas he sido. Se lo tenía que haber dicho... No, seguro que me habría dicho pues que a tomar por culo con la relación. ¿Y qué será de Blanca? Tendré que llamarla o ir a verla a su casa. Tengo que decirle que lo del otro día pasó y que ya está, que no es nada más. No le tenía que haber contado que estaba mal con Mariví. A ver a ella qué coño le importa si estamos bien o mal. Ya ves tú qué importancia tiene un puto enfado. Si ya nos hemos arreglado. No tenía que haber hecho eso con Blanca. Encima nos podía haber visto alguien en el tenderete aquél>>. Pensó de pasada en Susana, pero no quiso sacar conclusiones, porque eso sí que fue malo: puro deseo, puro sexo, lo peor que se puede hacer, y Jacinto no era tan perverso. Se quiso consolar pensando en Jerónimo Maldonado (¿lo recuerda, lector?). <<Ese sí que era cabrón, míralo>>. Se dio cuenta del término utilizado: <<Cabrón. No puede ser, yo no soy un cabrón. No es posible>>. Jacinto llegaba a Alcorcón: dieciocho grados, nueve horas y veintinueve minutos, anunciaba un poste publicitario. <<Es más tarde que ayer>>. <<Qué frase más chula>>, pensó después, <<¿Cómo puede ser hoy más tarde que ayer?>>. Tras unos segundos de repetirla y paladearla, desistió de buscarle un significado, sacó la cinta y escuchó las noticias de las nueve y

media de Radio Nacional. Cambió de emisora, como siempre vio hacer a su padre, antes de que transmitieran el aviso de socorro.

Jacinto tenía otra inquietud: echaba de menos al cuaderno de tapas de corcho. Hacía mucho tiempo que no le contaba cosas. En pocos días se había convertido en su confesor y en su psiquiatra, en su psicoanalista, en su mejor amigo, en su especial magnetófono, en su diario, en la historia de su vida, en su propia novela todavía sin final conocido, también en su lectura preferida y en su droga dura, en su necesidad y en su máxima ilusión. Esa misma noche Jacinto se iría con él al cuarto de baño y Mariví creería que estaba en lo suyo. <<Igual se piensa que estoy estreñado, pero es que tengo tantas cosas que contarle...>>. Luego pensó en Cristina Manzanero y no quiso imaginársela desnuda, pero lo hizo por un cortísimo instante.

Jacinto aceleró para evitar que un semáforo se pusiese en rojo. Buscó un espacio libre para aparcar. Luego, cogió su carpeta y fue corriendo a los estudios, que ya era tarde y había ido muy lento con tanto pensamiento. Sin querer, se preguntó por Cristina Manzanero: <<¿Habrà llegado ya?>>. Luego pensó en Mariví, luego en Susana y luego en Blanca. Y luego otra vez en Mariví, y pasó a los estudios con la imagen de su mujer adornada con un casco vikingo. Saludó de lejos con la mano y entró al cuarto de baño para darse dos bofetadas y dejar de pensar tonterías. Se regañó flojito delante del espejo, para que no le oyeran:

-Vaya locazo que soy. *S'han acabao* ya las gilipolleces.

Salió como abrochándose la bragueta para disimular.

-A ver si puedes llegar más puntual la próxima vez, hombre -le dijo el director.

-Sí, sí, macho. Perdona, pero me han tenido que empujar para arrancar el coche.

-Ya, el viejo truco. Venga, vístete, que vamos a empezar.

De camino al probador se cruzó con Cristina, que le guiñó un ojo. <<Hola>>, dijo Jacinto. Mientras se cambiaba, desplegó los papeles en la banqueta, porque no se acordaba muy bien del diálogo. Hizo lo mismo mientras lo maquillaban.

Después, se oyó un <<¡Escena octava, toma primera!>>, un <<¡Silencio, se rueda!>> y un <<¡Acción!>>.

-Han pasado muchos años desde aquello, Emma, no podemos volver a intentarlo -interpretaba Jacinto usando un inútil teléfono.

Luego, Cristina Manzanero, desde una posición ajena al rodaje, leía:

-Lo sé, cariño, pero me he dado cuenta de que eres tú el único hombre de mi vida.

Jacinto, que empezaba a vivir más que nunca su papel, se sintió ligeramente turbado:

-Emma, por favor, comprende que no puedo hacerlo. Tengo una mujer, estoy casado con otra persona.

-Por favor, te lo ruego, veámonos esta noche.

Jacinto empezó a sudar y se llevó la mano a la frente para secarse, interponiéndola entre su rostro y la cámara.

-¡Corten, corten! Jacinto, no jodas. Iba fenómeno, pero *l'has liao* con la manita. La manita en la mesa y tú quietecico, como cuando te dan por culo. Perdona, perdona, que va muy bien, pero intenta no moverte. ¡Paula, dale una toalla a Jacinto, que se seque el sudor! ¿Tienes calor, Jacinto?

Repitieron varias veces. También Cristina Manzanero se atrancó al leer, alterando así el ritmo de la frase y del diálogo. Sabía que Jacinto estaba realmente nervioso, pero también que era un tío con tablas. Ahora tocaba intercambiar posiciones. Se cambiaron de estudio. Cristina se apoyó de lado en una cama.

Llevaba un camisón corto, blanco brillante, con bordados transparentes sobre los pechos. Tenía las piernas desnudas, morenas de playa o de rayos UVA. Los focos se reflejaban en ellas y hubo que cambiarlos de posición. Tomó el teléfono cuando el director anunció el comienzo inminente del rodaje. Jacinto y Cristina se lanzaron una mirada seria, y los dos sintieron un algo inexplicable, como si lo que se habían dicho y ahora iban a repetir lo sintieran realmente el uno por el otro. Jacinto intentó, de nuevo, pensar que eran tonterías, pero se convenció de que no. No sabía si lo que sentía y lo que decía era real o se estaba metiendo demasiado en el personaje que interpretaba. <<¡Acción!>>, gritaron de nuevo. Mientras hablaban, Cristina Manzanero se iba invadiendo de una alarmante excitación que aumentaba progresivamente. Miró a Jacinto sin querer y hubo que repetir; pero sólo una vez, porque Jacinto y Cristina -sobre todo Cristina, que era al fin y al cabo quien estaba siendo grabada- se comunicaron realmente como dos auténticos amantes, concluyendo de este modo una escena sublime. Así acabaron el diálogo:

-Es cierto, Emma, yo también te quiero. Y te deseo -Jacinto hablaba con la mirada en Cristina y sin perder la pista de sus palabras en el guión, al que recurría fugazmente para confirmar lo que ya había aprendido de memoria-. No ha habido un día en que no haya pensado en ti. Tenemos que vernos. Esta noche pasaré a recogerte. Tendré que inventar algo. Te quiero, Emma, te quiero tanto...

-Te espero, Alberto. No vengas tarde, cariño, por favor... Te amo, te amo mucho... Adiós, un beso, hasta la noche.

Entonces, Cristina Manzanero colgaba el teléfono y dejaba la mano sobre él, la cámara seguía enfocándola un momento, Jacinto no hablaba más y la escena terminaba.

Después, grabaron un par de escenas menos importantes junto a los actores secundarios. Jacinto y Cristina estaban idos. Tuvieron que repetir muchas veces el resto del trabajo. Ninguno de los dos estaba en su papel. El director no daba crédito:

-Cómo es posible que les haya salido tan bien lo del teléfono y ahora no acierten ni una -medio preguntó, medio afirmó extrañado al primer ayudante de dirección.

XXII.-

Salieron sin acabar el trabajo, con el director enfadado y el adjunto al productor pidiendo no más retrasos: <<Hemos empezado seis días más tarde y ahora no seguís el plan previsto>>. Pero estos temas traían sin cuidado a Jacinto y Cristina, que abandonaron juntos los estudios y decidieron -sin decírselo explícitamente- disfrutar de su mutua compañía en un legendario café de la capital.

-¿No te hace un cafelito, Cristina? Yo es que tengo un sueño que me caigo...

-¿Qué tal el Barbieri?

Dejaron el coche en una calle estrecha, entre dos postes que, en teoría, impedían el aparcamiento. No molestaban el paso de turismos, acaso sí de furgonetas; seguro estorbaban a peatones. Tenían prisa, no sabían por qué, pues estaban juntos y, ya digo, era pronto; pero enseguida corrieron a aparcar y enseguida ocuparon la primera mesa que quedó libre. Dos chicas miraron a Jacinto y una de ellas se acercó:

-¿Usted es Jacinto Masa, verdad?

La otra, más vergonzosa, pero más natural, se decidió y preguntó a Cristina:

-Y tú eres Cristina Manzanero, ¿no?

Sin dar tiempo a los interrogados para asentir, la primera chica les pidió un autógrafo para su hermana:

-Se llama Luci, le hará mucha ilusión -Jacinto y Cristina firmaron el dorso de un posavasos en el que habían escrito "Para Luci, con afecto"-. Gracias, muchas gracias.

La otra joven expresó a Cristina lo mucho que le había gustado su última película. La agasajó con referencias a su belleza, y Jacinto la miró y no pudo evitar que se le iluminaran un poquillo los ojos. Se despidieron, cogieron sus libros del

instituto, sus carpetas adornadas con fotografías de Imanol Arias y de Jorge Sanz y se marcharon del lugar.

Podían haberse sentado enfrentados, pero Jacinto, que cedió a Cristina la elección de sitio, prefirió tomar asiento en la silla de su izquierda, dando la espalda a la puerta de la calle. El café quemaba.

-Hay que ver lo bien que nos ha salido lo del teléfono -Jacinto estaba deseando decirlo.

-Sí, la verdad es que sí -Cristina, que removía el café con la cucharilla y la cabeza gacha, giró los ojos para ver los de Jacinto. Él no cesaba de mirarla y ella sonrió, pero volvió la mirada al café manteniendo la sonrisa.

Se había callado. Había sacado un asunto que les incumbía y no siguió con él. Ojalá ella hubiera prolongado la conversación. Jacinto quería empezar por ahí y tantear el tema, seguir con ello, quizá su sentimiento fuera recíproco. Quería decírselo. <<Pero qué le digo>>. <<¿Se lo digo?>>. <<¿Qué coño le digo?>>. <<Igual es pronto. O igual no es cuestión de pronto ni tarde, tal vez es que no va a ser nunca. Tal vez es que no deba ser jamás. Qué coño le voy a decir>>. Cristina callaba, de vez en cuando se acercaba el café a la boca para soplar, enfriarlo y darle un sorbito; luego miraba a Jacinto y no decía nada. <<¿Esperará que le diga algo? Joder, es sólo mi compañera de trabajo. Soy actor, coño, soy actor>>. <<A lo mejor a ella no le pasa nada y este café le resulta sólo un café más. Es lo lógico>>.

-Pues yo me he metido totalmente en mi papel, Jacinto -dijo ella, sorprendiéndonos a Jacinto y a mí mismo. Luego ella alzó la taza blanca por el asa y la mantuvo a media altura. Y continuó-. No me parecía estar trabajando. Ha sido extrañísimo, todo lo que he dicho me salía..., bueno, vas a decir que soy tonta...

-No, por Dios. Sigue, por favor.

-Bueno, que lo que he dicho parecía salirme del... -dejó el café sobre su plato y miró a Jacinto- ...del corazón.

Jacinto se encasquilló. Tenía la lengua amortajada. Cogió su café, le dio un sorbo y empezó a menear la pierna, apoyada sobre la puntera del zapato, de arriba abajo, muy deprisa. Dejó de nuevo la taza, sacó del bolsillo el paquete de tabaco y golpeó repetidamente un cigarro contra el pulgar de la mano izquierda.

-No es un tontería, Cristina. A mí también me ha pasado lo mismo. Luego no ha sido nada igual... Quiero decir, que el resto del trabajo me ha salido fatal. Después de eso me he desconcentrado y no he *dao* pie con bola... He tenido que repetir todo cien veces -levantó de nuevo la taza, dándose tiempo para pensar-. Yo..., qué quieres que te diga -se dio fuego y soltó una bocanada-, me apetecía muchísimo quedarme un rato más contigo...

Se miraron y permanecieron así. Cristina rodeó con su mano la muñeca de Jacinto, a la altura del reloj, y subió despacio hasta que él bajó su café a la mesa, no para forzar a Cristina a soltarlo, sino -lejos de ello- para también cambiarse el cigarrillo de mano, abrirla y aprovechar toda su superficie para estar más juntos.

Estuvieron un rato sin hablar. Cristina se acercó a las manos unidas y dio un beso lento en la de Jacinto. <<¿Qué estoy haciendo?>>, pensaba él, pero estaba bien y quería disfrutar el momento. Fumaron y aprovecharon allí hasta mucho después de la última gota de café.

Jacinto pagó, salieron del local y él tiró un pivote al salir de su ajustada plaza de aparcamiento. <<Estaba a medio caerse>>, explicó a Cristina. Abandonaron el barrio por calles estrechas, esquivando a los mamones que aparcaban como él. Cristina pasó su brazo alrededor del de Jacinto, que conducía simulando un reloj a las diez y diez, y se recostó sobre su hombro. Él inclinó la cabeza hacia la derecha, queriendo tocar cariñosamente la de su... -¿La de su qué? ¿Amiga, amante, compañera...?-, y la volvió a la posición vertical.

Era tarde cuando llegaron frente al portal de Cristina. Él tuvo que explicar tristemente la obviedad de su negativa a subir:

-No, Cristina, hoy no puedo. De verdad, créeme que me encantaría, pero no puedo.

Cristina comprendió y besó a Jacinto en la cara. Abrió la puerta de su lado un instante antes de que lo hiciera Jacinto, que quiso disculparse un poco más acompañándola personalmente al portal, aunque no era sólo por eso: deseaba sinceramente ir con ella a la puerta. Ella abrió, dio media vuelta y se apoyó sobre el marco. Hablaron un poco más. No pude oírlos, lector, lo siento, pero me pareció escuchar que Jacinto decía <<Te quiero>>. Luego, se besaron cortamente en la boca y se despidieron. Eso sí que lo vi.

XXIII.-

En el ascensor de su casa, Jacinto no se peinó ni se colocó las cejas; pero se pulverizó un par de veces la boca con su elixir de clorofila para no olerle a Mariví a tabacuzo. También se echó una gotilla en los dedos que se frotó bien, para eliminar el pestazo que dejan en ellos las colillas al apagarlas. Entró sonriente y canturreando la "Chica de Ipanema", que escuchó a través de la puerta blindada. Mariví leía en el salón. Jacinto seguía trabajando, interpretando ahora el papel de marido enamorado. Pensó en ello durante los cuatro segundos que duró su travesía hasta el salón. Besó a Mariví en la mejilla y le apretó los mofletes con la mano.

-¿Qué lees, niña?

-Tu película: "Ya no me da tiempo a huir".

-¿Y qué te parece? -preguntó precavido y temeroso.

-No sé todavía, acabo de empezarlo; pero parece que Stoller escribe bien.

-Pues la peli va a salir mucho mejor. Voy al cuarto de baño, luego me dejás que le eche un vistazo.

Entró al estudio, cogió el cuaderno de tapas de corcho que guardaba tras los libros de una estantería, un volumen de la trilogía de "Caballo de Troya" para disimular, una estilográfica cojonuda que le regalaron hacía años y que nunca había utilizado y pasó al cuarto de baño desabrochándose el cinturón. Cerró por dentro, se bajó los pantalones y demás, abrió el cuaderno, se sentó en el único lugar idóneo y releyó todas sus páginas, sustituyendo algunas palabras sin alterar las ideas y le puso la be a un "abrazado" que tenía con uve (y que yo le había disimulado ante usted para no dejarlo en mal lugar, pero ya se lo cuento, que no es una cosa de pena de muerte). Luego enchufó el cartucho de tinta, lo apretó un poco, sopló la siguiente página en blanco, la fechó mirando previamente el reloj, escribió lo que le aconteció en los días previos, e intentó describir sus reflexiones acerca de ellos. Habló mucho

de Blanca, se refirió repetidas veces a lo de Susana como "los sucesos de la Carrera de San Jerónimo", y no encontró adjetivos suficientes para elogiar e idealizar a Cristina Manzanero. Pero no se olvidó de Mariví, de la que afirmó: <<En este caos que tengo montado, todavía pienso que es Mariví la mujer de mi vida. Es la chica a la que quiero, la única a la que amo, sólo ella es a quien deseo>>. Dejó de escribir unos instantes, miró al papel higiénico, tachó las últimas palabras e hizo punto y aparte después de <<amo>>. Continuó así:

<<La regla de tres que aparece al margen me ha ayudado a calcular que Mariví y yo nos habremos enfadado unas cuatrocientas o quinientas veces. No viene mucho a cuento, pero a veces me viene bien que no me hable: me gusta la soledad. Al fin y al cabo, de chico siempre disfruté los fines de semana que me quedaba solo en casa, porque mis padres y mi hermano Virgilio se marchaban a Cuenca a ver a mis abuelos. Ponía la música fuerte, merendaba en el salón con los zapatos encima de la mesa, acariciaba mi café con un chorrito de brandy y, si el sueño me vencía, me desplomaba vestido en el sofá con la tele puesta hasta que el frío arreciaba y me obligaba a meterme en la primera cama que encontraba.

>>Sí, siempre he tenido momentos en los que he deseado la soledad. No sé si debo confesar que a veces he provocado los enfados a propósito, para ver si consigo que Mariví se vaya a dormir a la otra habitación y pueda descansar una noche tumbado en diagonal; pero es tan buena... lo pasa tan mal cuando me grita o deja de hablarme que enseguida viene correteando a nuestro cuarto, se me abalanza y me pide que nos hablemos, que nos demos besos y que hagamos el amor. Y, hombre, no le voy a decir que no, que tiene veinticuatro años y está buena; aunque, evidentemente, no es éste el único motivo, no se piensen que soy tan malvado. Es castañeja en la raíz y morenísima en las puntas; los ojos verdes si hay mucha luz y color miel por la noche; los pómulos, muy marcados cuando sonrío y la boca grande, con la medida necesaria para abarcar con habilidad la mía cuando nos

besamos, y el labio de abajo más gordito. Las manos, pequeñas, con las uñas cortadas a ras, resultan a veces demasiado juguetonas. Tiene un lunar entre las tetas que me gusta besarle a menudo. Su cintura es suave y estrecha. Y para qué hablar del bajo vientre o del culo, un perfecto corazón durito y puesto del revés. Y las piernas, sin un gramo de grasa y ni un pelo, que cada dos semanas va a Garbi's a que le hagan la cera. "¿Te has hecho medias o enteras?", le digo yo siempre que viene, y ella me contesta: "Medias, porque arriba casi no tengo vello y encima se me irrita...". Sus pies son chiquititos y limpios, ágiles y prensiles por la noche, cuando me dispongo a abrazarla bajo las sábanas.

>>¿Qué dirá ella de mí? Yo me veo feo, con la nariz gorda. Creo que es por eso por lo que triunfo en el cine. No es que tenga talento, es que soy el antónimo de Antonio Banderas o Richard Gere. A mí siempre me habría gustado ser Richard Gere; no por nada, sino porque hizo "The Cotton Club", una de mis películas preferidas, con esa banda sonora tan extraordinaria y esa protagonista tan guapa... cómo se llamaba... Diane Lane, creo>>.

Le bastó sentir la vibración de los pasos de Mariví para cerrar el cuaderno y escondérselo, ya de pie y vestido, entre el culo y el pantalón. Dejó correr el agua en el bidé para disimular. Cerró y soltó el brazo oscilante del toallero desde su más alta posición, a fin de que sonase potentemente al chocar con la pared y fortaleciese su coartada. Luego, se lavó las manos concienzudamente para impregnarlas de olor a jabón, contestó la llamada de preocupación de Mariví -que, aunque acostumbrada a sus largas sesiones en el váter, entendió que ésta lo era excesivamente- y tiró de la cadena.

XXIV.-

La frugal cena estaba puesta: un tazón de sopa con sabor a saborizante -que no a verdura deshidratada, como se afirmaba en la lista de ingredientes-, unas empanadillas industriales congeladas con tropezones de presunta carne y dos puñados de patatas fritas de esas que ya vienen peladas y cortadas. Jacinto suspiró en silencio con resignación antes de tomar la primera cucharada. Cenaron tranquilos, viendo las noticias e intentando comprender los complicados pasos del sofisticado método que habían utilizado los últimos defraudadores detenidos. Con cien millones de fianza estarían en la calle, y el abogado había prometido entregarlos en el juzgado dos días después.

-Lo que te digo siempre, Mariví. Parece mentira que en un país que se llama avanzado la gente pueda salir de la cárcel sólo por tener dinero. Y más, teniendo el Gobierno que tenemos. Si estos tíos salen pasado mañana, que suelten a Carabanchel entero, cojones, que no hay derecho.

Mariví se mostró de acuerdo. Tras las noticias, un platanito de postre y a leer con Aute de fondo:

...la sonrisa de un recuerdo

la mentira de un "te quiero"...

Jacinto levantó los ojos del periódico y los alzó hacia el techo sin mover apenas la cabeza con el primer verso y pensó en Cristina; los bajó y miró a Mariví con el segundo. Cuando después escuchó "*unos cuerpos que se anudan*" se acordó también de Blanca y de Susana.

-¿Te importaría poner otra cosa? -pidió a Mariví.

-¿Qué quieres escuchar?

-Deja, yo lo pongo.

Localizó el directo de Joaquín Sabina y bajó la aguja al comienzo de "Güisqui sin soda", la última canción de una de las caras. No le importaba levantarse al final, cuando ya sólo se oyera una sucesión de "*Qué voy a hacerle yo*", cada vez más flojos. Entonces pondría "Caballo de cartón". En un minuto había planificado los veinte próximos. Tenía el mueble bar a su lado. Lo abrió y sacó una botella de Dyc de doce años que tenían sin abrir:

-Mariví, ¿te hace un *whiskise*? -dijo, mostrándola a su mujercita.

-¿Estás loco?

-Venga, un *whiskise*.

Mariví estaba ya convencida. Cogió dos posavasos elegantes, dos vasos bajos que desempolvó con el interior de su jersey y corrió a por una cubitera de hielo. Brindaron y se abrazaron por la cintura. El brazo del tocadiscos se levantó y volvió a su posición original. Mariví retiró el disco que Jacinto había elegido y buscó una reliquia de Jimmie Lunceford. La encontró y bailaron "Rain" muy lentamente. Jacinto sabía la letra de la canción y la cantaba, mirando y sonriendo a Mariví, que le respondía con idénticas muecas y movimientos más exagerados. Como buen soñador, deseó que regresaran los viejos tiempos.

Descansaban entre cada tema para beber y rellenar sus vasos.

-Castiguemos al hígado-decía Jacinto.

Mariví reía y Jacinto la besaba. Estaban muy juntos y ardiendo. Cambiaron cien veces de disco sin separarse un centímetro. Todo lo bailaban despacio y con sus cuerpos, en especial las superficies entre el pecho y el pubis -amén de los labios-, friccionándose continuamente. Iban acercándose al tresillo mientras se quitaban los zapatos ayudándose con el pie contrario. Seguían besándose. Jacinto desabrochó la espalda del vestido de Mariví, y ella hacía lo mismo con la camisa de Jacinto. Él se quedó apoyado en el brazo del sofá y ella terminó de bajarse el vestido. Jacinto se deshizo de la camisa. Mariví le iba desabrochando el cinturón y

los botones de la bragueta. Anduvo unos instantes por ahí dentro y, luego, tras extraer el sistema global, empujó hacia atrás a Jacinto. Cayeron y se quedaron disfrutando en los cojines. El disco concluyó y la aguja molestó periódicamente sobre un surco sin fin.

XXV.-

Era viernes. Mariví no pudo levantarse y Jacinto lo hizo muy tarde, por lo que salió de casa sin desayunar. Mientras bajaba por la escalera a todo correr, se perfumó la boca para eliminar el aliento mañanero con pestazo a vacío. Se quitó las legañas en un semáforo y dejó a las ojeras por imposibles: <<Que se pelee con ellas la maquilladora>>. Imaginó a Cristina ya en los estudios, quizás también pensando en él. Llegó enseguida y puntual, a costa de dos discos en rojo y un ceda el paso que no respetó.

Efectivamente, Cristina le esperaba sonriente. Ella estaba en el corrillo con los demás, y Jacinto se hizo hueco a su lado, saludó a todos y acarició a escondidas la mano de Cristina, que le contestó con un casi impalpable roce. Comentaron el trabajo del día y la llegada del productor, puede que con buenas noticias, mientras tomaban un café. Los actores se vistieron, ocupando Jacinto y Cristina dos probadores contiguos. <<Es sólo una cortinilla>>, pensó Jacinto cuando descorría la suya para salir. Y, ni corto ni perezoso, se coló por un lado en el vestidor de Cristina. Cerró corriendo, rieron compinchadamente, como dos traviesos alumnos de primaria, y se cogieron: él a ella por la cintura, ella a él por los hombros tocándose las manos tras el cuello. No tardaron en besarse. Cristina no había terminado de vestirse: estaba en falda negra y corta de lino y con un precioso sostén que le sujetaba reciamente los pechos. Jacinto dudó entre mantener las manos donde las tenía -una ya por debajo de la falda y manteniendo ésta subida, permitiendo así a Cristina hacer, con una de sus piernas, un ocho en las de Jacinto, y otra todavía acariciando y apretando la suave cintura por encima de la cadera- o dirigir ambas a las tetas. <<Un término medio>>, debió de pensar, porque sumergió la que tenía abajo entre las bragas y puso la otra entre la gustosa carne y uno de los círculos del

sujetador. Ni qué decir tiene que o bien se besaban, o bien se mordisqueaban el cuello y los lóbulos de las orejas.

Tuvieron que cortar enseguida, porque ya tardaban mucho y a lo mejor iba alguien a por ellos. Rodaron escenas independientes, cada uno en un estudio, controlados por el director y sus ayudantes. Jacinto no veía el día en que le tocase hacer con Cristina las escenas que Mariví detestaba. <<Tiene que ser la leche, delante de *to* el mundo. Menudo morbo... O no, menudo corte>>. También se preguntó algo que nunca oyó comentar a otros actores: él, en sus escasas intervenciones anteriores, ya comentadas hace unas páginas, en contacto físico con mujeres, nunca se había, digamos, empalmado, y no sabía cómo reaccionaban sus demás colegas. <<Bueno, supongo que los jovencillos aprovecharán y hasta se lo harán notar a la tía. ¿Qué me pasará ese día? ¿Daré gatillazo?>>. No faltaba tanto para esa fecha, lector, diez días para la primera toma si se cumplía el plan previsto. Además, había que ir a rodar a un hotel, deseablemente el Waldorf Astoria de Nueva York, pero esto dependía de la concesión de un dinero por parte del Ministerio de Cultura. Traería esta noticia hoy mismo el productor. En caso de no haber dinero, se desplazarían a Estados Unidos un par de cámaras y dos o tres técnicos a rodar exteriores del hotel y de la ciudad, y además poco tiempo, no más de tres días. Pero si la subvención era concedida y llovían los millones del Estado, prácticamente todo el equipo viajaría a los *Estates* y pasarían una semana de trabajo duro, pero en Manhattan y a todo plan.

~::~~::~~::~~::~~::~~::~~::;

Goyo Marlasca, el productor, llegó a los estudios a eso de las doce. El director, ya nervioso por las noticias que pudiera traer, aplazó la repetición de un par de escenas no del todo logradas, y se dirigió a él corriendo, deseoso de conocer

novedades. Goyo Marlasca, que estudió Arte Dramático con escaso éxito, traía las orejas gachas y el semblante serio. No le acompañaba el maletín que portaba sus documentos y llevaba un hombro de la chaqueta más alto que el otro, deshecho el nudo de la corbata y cada cabello a su libre albedrío. Su imagen no era la estampa del optimismo, y todos los presentes se miraron tristes, creyendo conocer ya la respuesta negativa del Subsecretario de Cultura, interlocutor con la empresa. Goyo Marlasca, que por lo menos aprobó "Interpretación I", sorprendió a todos al alzar de repente los brazos y gritar repetidamente, mientras miraba a todos lados, el gran número de millones que les habían concedido. Luíser Portales, el hasta ahora impresentado director, ofreció sus brazos a Goyo Marlasca, y así estuvieron saltando juntos unos segundos, mientras los demás agradecían a Goyo su eficaz gestión con sonoros aplausos y vítores.

Goyo Marlasca agitó al inexistente viento la carta, firmada por el Ministro, por la que se les concedían dieciséis millones de pesetas.

-Esta noche, todos a cenar. Y ahora, vamos a la sala de reuniones, que os tengo que explicar los cambios que tendremos que hacer.

Los actores, el director, los técnicos y algún cámara ocuparon las cómodas sillas de cuero marrón, mientras Goyo Marlasca desplegaba un mazo de papeles, que escondía enrollados en la chaqueta, sobre la mesa de caoba.

-Lo primero, que sepáis que con esto tenemos para ir todos a Nueva York, y que iremos para allá hacia mediados de Enero. Falta confirmar al hotel que por fin sí vamos a ir y reservar ya un número fijo de plazas. Así que id preparando las maletas, que nos vamos ya mismo -Goyo tachó algo en un papel y señaló con una flecha la línea de más abajo-. Luego, Jacinto y Cristina, ya tengo vuestros planes para las próximas semanas: a Jacinto le tenemos reservadas las "declaraciones íntimas" del ABC del once de diciembre. Después, he quedado con los de Semana en que te van a sorprender de compras por la calle y te harán unas preguntas de tu trabajo. Esto

será el día veinte. Ya te daré más detalles de todo. Tú, Cristina, el primer martes de diciembre tienes cita en el programa de Javier Galisteo, al que también va a ir Lázaro Stoller. Queda con él un par de días antes para hablar y conoceros. Intenta leerte el libro antes de verle. Y a ti, Luíser... -buscó un papel revolviendo todos los que tenía- tú tienes que escribir algo para el suplemento de Comunicación de EL MUNDO, que ya he *hablao* con Pedrojota y me ha dicho que sin problemas. Va para más largo, para cuando volvamos de los *Estates*, y así aprovechas y cuentas alguna anécdota, y si no nos ocurre ninguna te la inventas, pero escribe bien, como tú sabes, que te salga curioso. Bueno, y hoy nos podemos ir a comer a casa, que a las nueve nos vemos en La Princesita y tenemos que ponernos guapos -miró a Cristina, englobándola también en su frase-, que os voy a llevar a cenar a un sitio cojonudo. ¿Alguna pregunta? -nadie dijo nada-. ¡Pues a seguir trabajando!

XXVI.-

Lázaro Stoller trabajaba esa tarde en su artículo del día siguiente, intentando desesperadamente criticar a algún ministro, alguna mala costumbre o buscar pegas a algún dirigente de la Oposición, cuando se vio sorprendido por un insistente telefonazo. Contestó malamente, pero rectificó el tono al distinguir que se trataba, seguro, de una bella mujer que preguntaba por él, y cuya voz no correspondía, además y por tanto, a la de su esposa ni a la de su suegra:

-Soy yo, yo soy Lázaro Stoller, ¿quién es?

-Hola, soy Cristina Manzanero, no sé si me conoce... Estoy trabajando en la película de su novela...

-Sí, maja, claro que te conozco. ¿Y qué hay?

-Mire, no sé si se habrá enterado de que coincidimos el día dos en un programa de televisión.

-Algo me habían dicho, que irías tú o algún compañero tuyo, ese tal Jacinto Masa.

Éste escuchaba por otro teléfono y miró riendo a Cristina.

-Sí, pues al final voy yo, y era por saber si quería usted que nos veamos un día, para conocernos y charlar un rato del libro y de la película.

-Claro, mujer, claro que sí. Cuando tú quieras...

Cristina propuso un día, una hora y un lugar, que Lázaro Stoller no se atrevió a rebatir. Se despidieron y ambos anotaron los datos de la cita.

Después, Cristina enseñó su casa a Jacinto. Vivía en un ático muy luminoso, con una gran ventana redonda incrustada en el grueso muro y una amplia terraza con geranios. En el salón, directamente comunicado con la azotea y con el espacio perfectamente aprovechado, se hallaba un acogedor rincón compuesto por un

sofá grueso, de brazos altos y agradable tacto, un par de sillones de idéntico diseño, un pequeño taburete blando para apoyar los pies y una mesita baja de metacrilato transparente. Bajo éste se adivinaban revistas como "Nuevo Estilo", "Todo Decoración" o "Decorar Ahora". También un par de libros, una guía del Código Postal y un recorte de prensa con los puntos del dial en que se sintonizaban algunas emisoras. Colgando de una alcayata demasiado visible, en un rincón de la pared, había una ristra de fotos, en una de las cuales aparecía Cristina con muchos años menos.

-¿Son tus hermanos?

Contestó afirmativamente, y luego explicó que sólo la mayor vivía en Madrid, que el siguiente vivía en Argentina y los otros dos, más pequeños que ella, vivían en Toledo con sus padres.

-¿Vas mucho a verlos?

-Siempre que puedo -se alejó y se acodó en la ventana circular, dando la espalda a la calle. Luego sonrió a Jacinto, que contemplaba las fotos con un vaso de leche en la mano, y continuó-. Espero ir menos a partir de ahora, porque quiero pasar contigo los fines de semana.

A Jacinto le golpeó un repentino sentimiento de agobio y pensó <<Ya la estamos liando>>, pero no pudo decir nada, porque la idea, en el fondo, le ofrecía cierto atractivo, aunque la veía imposible; así que se acercó a Cristina con su vaso de leche, lo dejó detrás de ella y se fundieron en un apasionado beso. Allí mismo, aun a riesgo de ser vistos por vecinos del edificio de enfrente, se fueron despojando poco a poco de la ropa: primero la blusa de ella, justo después la camisa de él; también Jacinto la liberó de la presión del sostén que esa misma mañana había tocado, separando sus simetrías con la apertura del único broche delantero, y se hundió un momento en la firmeza recién descubierta... Jacinto desabrochó el cinturón y el pantalón de Cristina, que juntos le moldeaban un perfecto *culito Levi's*, se

arrodilló y le bajó la bragueta con los dientes. Luego abrió los brazos, y alternó suaves tirones a los pantalones, primero por la zona inguinal, luego por la parte de atrás, hasta que consiguió bajarlos por completo. Todo esto, claro, compaginado con otra clase de entretenimientos.

XXVII.-

No se había dicho nada, pero se suponía que los cónyuges estaban invitados a la cena. A Jacinto, en el garaje, se le pasó por la cabeza ocultar la verdad a Mariví. Bueno, ocultarla a medias: le diría que se iba de cena con los compañeros, pero no le diría que lo acompañase. Mariví se tendría que callar y no podría verlo mal, pues salir de celebración es lo más normal del mundo. Cerró a oscuras la puerta del coche y se llevó un calambrazo de un interruptor descolocado. Se cagó metafóricamente y blasfemando. <<Perdón>>, dijo mirando al techo, y se santiguó mal y deprisa. <<Esto es un castigo, coño. No puedo ser así, no puedo decirle eso, no puedo mentir tanto... Pero qué violencia, yo allí codo con codo con Mariví y con Cristina...>>.

Ya estaba en casa, ocioso lector, no vamos a andar otra vez describiendo si Jacinto se perfumaba la boca o si se peinaba las cejas, compréndalo. El caso es que entró y encontró la luz del salón y la del cuarto de baño encendidas. Mariví estaba, sin duda, en este sitio, y Jacinto, por discreción, educación y hábito, no osó saludarla, que ya sabía Jacinto que para Mariví no existía el retrete. La mesa del salón impedía la caída de "Ya no me da tiempo a huir", la gruesa novela de Lázaro Stoller, con cuyo forro original había señalado Mariví la página 186. Jacinto dejó sus cosas en una silla y abrió curioso la novela. Aunque no la había leído, conocía su argumento por el guión, que dominaba de principio a fin. ¿Que cuándo se lo aprendió? Pues en ocasiones que no se describen aquí, que no hay que andar sabiendo lo que hace Jacinto en cada momento. Leyó la biografía del autor: <<Lázaro Stoller nace en Ciudad Real en 1932, en el seno de una familia acomodada. Tras sucesivos cambios de residencia, motivados por traslados forzosos y políticos en el trabajo de su padre tras la Guerra Civil, se establece definitivamente en Madrid en 1945, en donde trabaja de cartero interino para

costearse los estudios de Filosofía y Letras. Abandonados e inconclusos éstos en el año cincuenta y tres, adquiere en propiedad una plaza de Auxiliar en el Palacio de Comunicaciones de la madrileña Plaza de Cibeles, en donde actualmente continúa trabajando y compaginando su jornada laboral con la afición a escribir. Esta novela, segunda obra publicada del autor, es una buena muestra de la mejor literatura de este fin de siglo>>. Jacinto se quitó la chupa y apoyó el culo en la mesa. Retrocedió, respecto de la página marcada, un número de hojas que no nos interesa saber porque fue aleatorio, y leyó unos diálogos que, más o menos trastocados, ya habían grabado. Tras ellos -pero todavía por delante de la página 186-, venían unos besos y unos toques de tetas no plasmados aún en el celuloide, pero ya ensayados extralaboralmente esa misma tarde. Avanzó hasta el último capítulo y encontró la inigualable descripción del polvo que debían echar él y Cristina en Nueva York. Oyó caer el agua de la cisterna y apresuradamente dejó el libro como lo encontró. Recogió la carpeta, dobló la cazadora en un antebrazo, volvió a colocar por obsesión el libro para dejarlo paralelo a las paredes de la habitación y se fue silbando al dormitorio. Se puso las zapatillas de trapo -con denotada ausencia de éste en el talón y los tobillos- y entonces vio a Mariví.

Se besaron sonrientes.

-¿Cómo que vienes hoy tan tempranito?

-Porque nos han concedido la subvención y ha dicho Goyo que nos vayamos antes. Además, esta noche nos vamos de cena para celebrarlo.

Mariví no supo si ese "nos vamos" la englobaba también a ella, o Jacinto había querido referirse únicamente a sus compañeros. La verdad es que Jacinto quiso provocar, conscientemente pero sin querer reconocerlo, esa duda en Mariví.

-¡Hombre, me alegro mucho! ¿Y quiénes váis?

-Quiénes váis, no, que tú también te vienes.

-No sé qué hacer -dijo con voz de niña mimada tras permitirse un tiempo de duda y dar a Jacinto la oportunidad de justificarse con un <<Ya se lo he dicho. Ahora si me dice que no, no es cosa mía>>-. Es que no los conozco nada, Jacin... Pero bueno, venga, no me voy a quedar sola toda la noche.

-¡Eso es, bonita! -<<¡Joder!>>, pensó en tono flojo.

Era relativamente temprano, pero enseguida Mariví se metió en el cuarto a ponerse lo más atractiva posible. Sacó del armario varios vestidos, muchos vaqueros de famosas marcas y variados colores, un par de petos tanto de falda como de pantalón, blusas variadas y jerséis de cuello alto y talla estrecha, rebecas de lana lisas y estampadas, chupas vaqueras y de cuero, abrigos cortos y largos, medias de licra y de seda blancas y negras, zapatos bajos y de tacón de diferentes alturas, diademas y pasadores de plata y latón, pulseras y gargantillas, abrió y olfateó varios frascos de perfumes de las más exóticas esencias.

Combinó varias prendas según unas reglas de vestir que ya conocía y que había enseñado a Jacinto. Eran las reglas de la elegancia sin destacar. Mariví siempre iba guapa y como un pincel. Escogió y extendió sobre la cama lo que más le gustó, se desnudó, cogió ropa interior limpia y se puso un precioso albornoz para ir a la ducha. Jacinto leía, fumaba y escuchaba música en el salón. Después de ducharse, Mariví se maquilló poquito, porque no lo necesitaba, y quedó divinamente. Se cogió un buen mechón de pelo con un pasador, por detrás de la cabeza y se perfumó con colonia de bebé el cuello, el rostro, la cara interna de los brazos, los muslos y el tórax. Era realmente una imagen fantástica: peinada y maquillada, en bragas y sujetador, extendiéndose la colonia por los pechos, con el espejo empañado por el vapor del agua caliente y la ventana semiabierta. Se imaginó que alguien la miraba y se excitó. Nunca cerraba la puerta del cuarto de baño, excepto para lo obvio, y ahora decidió echar el cerrojo. Continuó humedeciéndose con colonia por debajo del sostén. Se empapó bien la mano y estrelló el líquido encima

de la canal y, bueno, después la bajó sin alejarla de su piel y descubrió, acaso tardíamente, conforme avanzaban los minutos, ese pecado tan egoísta, tan desahogante, tan gozoso, tan maravilloso que, primero su educación y luego la costumbre y la satisfacción, le habían vetado durante tantos años.

XXVIII.-

Jacinto y Mariví bajaban al garaje en el ascensor. Si quisiese, Jacinto podría presumir como nadie de tener, al desnudo, la mujer más bella del mundo. Y si ya nos ponemos a comparar con vestidos, cremas y pinturas, Mariví no tenía rival. El atuendo finalista era simple, pero atrayente: unos zapatos negros de tres dedos de tacón y un mono de pantalón y camiseta, también negro, ajustado al cuerpo como su propia piel. Jacinto se lo había visto puesto sólo una vez, y no recordaba que le sentara tan bien. <<Desde luego, menudo tipazo tiene>>, pensó. Luego se lo dijo y ella sonrió. En la cintura llevaba una cadena plateada a modo de cinturón, con monedas colgando que tintineaban. Mariví tenía las medidas perfectas: su altura, la justa medida del contorno de su firme pecho, su estrecha cinturita y las caderas que movía de forma ideal hacían de ella la mujer más deseable. Jacinto lo sabía de mucho tiempo. No pudo evitar besarla fuertemente antes de llegar abajo, quería entretenerse un rato en el ascensor o en la intimidad oscura de una columna del garaje, pero Mariví se lo quitó cariñosamente de encima.

Jacinto no protestó por ello, y quiso mostrarse tierno en el coche poniéndole una mano en la rodilla, con la palma hacia arriba, como siempre hacía, y él esperaba que Mariví pusiese su mano sobre la de él, y que se la cogiese y acariciase. Pero no fue así: ella se limitó a estirar los dedos y a colocarlos encima de los suyos sin apenas tocarlos. Jacinto se extrañó y le quiso coger la mano, pero ella la retiró y no se dejó.

Fue a partir de salir del aparcamiento público en que dejaron el coche cuando Mariví metió su diestra en el bolsillo trasero del mismo lado de Jacinto, forzando a éste a cogerla por la cintura. Él lo hizo encantado, disfrutando con su mano abierta el espacio magro que hay entre la cadera y la última costilla.

Sin decirlo, impidió a Jacinto separarse totalmente de ella al llegar al bar, y quedaron unidos por un bucle de dedos entrecruzados. <<Qué jodía>>, pensó Jacinto, y saludó a sus compañeros alzando, cual *pringao*, la mano que le quedaba libre. También estaba allí Cristina, que sonrió a los recién llegados para luego bajar los ojos a las manos del matrimonio.

Mientras Jacinto iba presentando a su mujer, Luíser Portales golpeó a Goyo con el codo del brazo en el que sostenía una caña y movió la cabeza a la vez que señalaba a Mariví con una extensa mirada desnudadora y le comentaba algo de ella. Goyo se rió intentando disimular el motivo y aquél se puso muy tieso para dar dos besos a semejante pedazo de mujer. Goyo y Mariví ya se conocían:

-Enhorabuena, Goyo -dijo Mariví-. ¡Hay que ver cómo consigues lo que quieres!

-Bueno, no es para tanto, es que la película lo merece. Luego dicen que si hay mucho enchufe para las subvenciones, y yo creo que es mentira, que eso precisamente sí lo hacen bien. Y tú ya sabes que yo estoy más en contra del Gobierno que... -buscó una frase que cerrase su intervención con media verónica y no la encontró- que mis cojones. Por cierto, me ha dicho Jacinto que te estás leyendo el libro, ¿no? ¿Qué te parece?

-Huy, me encanta. Estoy que no puedo dejar de leer, con un pique... Stoller es buenísimo. Lástima que no lo hayamos conocido antes, con lo que a mí me gusta leer.

-¿Y qué te parece el papel de Jacinto?

-Anda, no me hagas hablar, que menuda me pongo cuando leo algo que no me gusta... Porque me imagino que es Jacinto y no lo quiero ni pensar.

Cristina Manzanero escuchaba la conversación y entró en ella:

-Bueno, mujer, pero no seas así, que es su trabajo.

-No, por Dios, si ya lo sé. Si lo estoy diciendo en broma. Es tontería lo que pienso. Además, si fuera verdad, no estaría con él porque lo pasaría mal. Y tonto que sería él por perderse lo que se perdería conmigo...

-Desde luego -dijo Luíser Portales mirando a Mariví a los ojos con sonrisa de galán-, desde luego que se perdería mucho.

Mariví sonrió complacida haciendo una breve reverencia con la cabeza y le aceptó un cigarrillo. Jacinto charlaba con otros actores secundarios. Goyo Marlasca se ladeó un poco para dar fuego a Mariví y dejó fuera del grupo a Cristina Manzanero. Siguieron hablando, y Mariví interrumpió la conversación:

-Goyo, no le des la espalda a Cristina.

Tomaron unas cervezas más sin tapa y Marlasca, oriundo de la tierra de Stoller, criticó esta costumbre:

-Lo que peor me sienta de los bares de Madrid es que no te pongan un pincho con la cerveza. En Ciudad Real, por menos de veinte duros, te tomas tu caña fresquita con tu plato de migas, tu huevo frito, o lo que sea.

Luíser replicó que mejores tapas que en Granada imposible, y el productor defendió a su tierra del alma citando una breve lista de bares que aseguró paradigmáticos. Luego añadió otra serie de ventajas de su pequeña ciudad, como que no había necesidad de citarse previamente para encontrarse con los amigos y que, si quería, podía ponerse en el centro de Madrid en menos de una hora.

-Con el AVE, ¿no?

-Con el AVE, claro.

XXIX.-

El restaurante pillaba a cinco minutos a pie y salieron juntos Mariví, Cristina y Jacinto, éste en medio y cogido de la mano de su mujer. Cristina aprovechaba los vaivenes del brazo al caminar para rozar con el dorso de su mano izquierda el de la derecha de Jacinto.

-Qué bien ahora, una semanita a Nueva York, ¿eh? -preguntó Mariví a Cristina adelantando la cabeza para verla.

Jacinto se sorprendió, se puso colorado y quiso ser sordo o estar soñando.

Centré mi atención en Jacinto, lector, que tenía nudos en todos los conductos de su cuerpo, y se me escapó la contestación de Cristina. Jacinto quiso huir de allí, darse media vuelta y juntarse con sus jefes, pero no podía hacerlo. Luego, Mariví preguntó a Cristina que si se identificaba con su papel:

-Mujer, no sé... No es que me identifique, es que cuando trabajo en él, me meto dentro completamente e intento representarlo lo mejor que puedo...

En la mesa se sentaron juntos Jacinto y Mariví y, enfrente de ellos, Cristina. Jacinto no daba crédito a las palabras de Mariví, no quiso ser partícipe de la conversación que forzaba su mujer e inició otra con Goyo y Luíser, sus adlátere y enfrentado respectivamente, cuando escuchó cómo las siguientes palabras eran articuladas por la boca de Mariví:

-Y tú, Cristina, ¿qué sientes cuando te enrollas con Jacinto?

El aludido elevó el volumen de su voz para no enterarse, pero mantuvo sin querer una oreja pendiente de la conversación femenina. Cristina se pensó mucho la respuesta:

-Pues ya te digo que intento meterme mucho en el papel y, claro, procuro sentir lo mismo que sentiría si Jacinto fuese de verdad mi amante.

-¿Pero te gusta cuando estás con él? -Mariví preguntaba sonriendo y picando aceitunas, como si fuera la típica mujer moderna a la que no importan las aventuras extramatrimoniales.

-Bueno -Cristina empezó a despedazar desesperadamente una servilleta de papel-, no es que me guste... intento disfrutarlo y sí, a veces sí me gusta, claro, pero depende mucho del sentimiento que le pongas... Pero vamos, que una siente que no está besando al chico que realmente quiere, y eso se demuestra en la cámara y en la película... Es muy distinto un beso a tu novio que un beso a un compañero... -Cristina se estaba metiendo en un razonamiento que, de momento, era falso-. Date cuenta en la película y notarás la diferencia entre cuando nos besamos Jacinto y yo y cuando te besa a ti... Hay, cómo decirte, un abismo...

El camarero llegó y anotó las peticiones de todos los presentes. Cristina aprovechó la distracción y estiró una pierna para poner en contacto un pie suyo con los de Jacinto, que acababa de empezar a respirar tranquilo cuando Mariví se dirigió al camarero para pedir. Después, ésta pegó una pierna a la de Jacinto, que se sintió acorralado e incómodo y pidió a Mariví que le dejase hueco para ir al servicio. Luíser Portales interrumpió su charla con Goyo Marlasca cuando vio que Jacinto abandonaba el comedor, y se dirigió a Mariví y a Cristina:

-Pero bueno, si tenemos aquí solas a las dos chicas más guapas de todo Madrid.

Goyo Marlasca se volvió a su izquierda para coger el hilo a los de aquel lado, y Luíser aprovechó para soltar unas frases graciosas a las mujeres. Cuando Jacinto regresó, Mariví se desplazó hacia la silla que ocupara Jacinto, y no se la devolvió cuando regresó, quedando en aquel extremo de la mesa él y Cristina, que daban sorbos ocasionales a sus vinos entre intervalos de silencio. Mariví bebía y reía mientras escuchaba a Luíser, del cual no quitaba la mirada.

Jacinto no estaba disfrutando de la cena: La comida era muy buena, sí, pero apenas habló siete palabras con otra persona que no fuera Cristina: sólo se dirigió a Goyo, al que encima tuvo que insistir para que lo escuchara, para decirle <<Goyo, pásame la botella que tienes ahí>>.

Las cervezas y los vinos desataron las lenguas de los hombres, que comenzaron una interminable retahíla de chistes verdes:

-¿En qué se diferencia una silla de una polla de dos cuartas? -preguntó Goyo a Jacinto.

-No lo sé -contestó Jacinto negando también con la cabeza y con una sonrisa claramente falsa.

-¡Pues ten *cuidao* a ver dónde te sientas! -dijo Goyo, lanzando a Jacinto un amago de palmada en el hombro, mientras se apoyaba con la mano contraria en el de Mariví para llegar a él.

Luego, mientras comenzaban a morir las risas del último chiste, para aprovechar así las muecas todavía calientes pero ya en fase de relajación, Goyo, experto en estas lides, dijo muy serio -al volumen necesario para que pareciera que sólo lo quería contar a los hombres, aunque en realidad desease también que lo oyesen las mujeres- a Luíser que el lunes debían ir los dos a Correos:

-¡A qué?

-¡A llevar este paquete! -contestó riendo y mirando a su víctima, a la vez que se llevaba una mano a la entrepierna y le proporcionaba una ordinaria sacudida.

Tras brindar con champán, tomar café, copa y fumarse unos puritos finos que Goyo repartió, se pagó la cuenta con cargo a los fondos del Erario Público -<<Cuando tengas que dar cuentas al Ministerio, apuntas éstos como gastos de difícil justificación>>, instruyó el productor a su primer ayudante- y salieron a una cercana sala de fiestas en la que se podían bailar y escuchar las mejores músicas pachangueras.

Cualquier observador ajeno a la reunión no se habría jugado un duro a que Mariví era la esposa de Jacinto, pues parecía querer ir siempre acompañada del tal Portales y adelantada un par de pasos de su marido que, a su vez, caminaba solo junto a Cristina Manzanero, pero sin quitar la mirada de la distancia que separaba a sus precedentes.

En la discoteca Mariví esperó a que Luíser dejara la chaqueta en el guardarropa, para ir luego juntos a la barra, a la que ya habían llegado todos los demás. Jacinto hablaba con Goyo cuando llegó Mariví por detrás, lo enganchó por la cintura y le mordió la oreja. Jacinto se interrumpió para cogerla y la besó abiertamente, pero sin llamar la atención, en la boca. Mientras duró este acto, Jacinto alzó los ojos hacia Luíser, que les miraba cruzado de brazos. Giró de inmediato la cabeza un pequeño ángulo, para que no se notase que les estaba observando. Mariví permaneció cogida así un rato, paladeando la agradable voz de Jacinto, que tenía que haber sido locutor de radio en un programa nocturno y contar bellas historias y poner bonitas canciones en vez de actor, joroba, que mira los problemas y los disgustos que les ha traído.

La sastra y la encargada de sonido directo tiraron del primer ayudante de producción para llevarlo a la pista cuando el pinchadiscos puso la versión rumbera de "All my loving". Al llegar al famoso "Naino-Naino-Ná", también fueron para allá Luíser, Mariví y un actor secundario. Allí se emparejaron y Mariví no dudó en engancharse al hombre que mosqueaba a Jacinto. Él la miró, pero luego a Cristina y sonrió a ésta, en el lapso que utilizó Goyo para dar un trago a su cubalibre -y viva Cuba Libre, ya que estamos-. Antes de que Goyo dejase reposar el vaso sobre la barra, Cristina cogió a Jacinto de la mano y lo condujo a bailar. Acabaron Los Manolos y empezó a sonar "La culpa fue del Cha-Cha-Chá", y Luíser y Mariví se soltaron, rieron y ella indicó a su pareja de baile, subiendo el brazo y señalándose la boca con el pulgar y la mano cerrada, que fueran a la barra a refrescar el gaznate.

Jacinto, palpando ya las curvas de Cristina, intentaba no dar vueltas al ritmo de la música para no quitarle el ojo a Luíser Portales, que abría camino a Mariví dirigiéndola <<innecesariamente>>, pensó él- con una mano en la cintura.

Jacinto estaba furiosete, y más que iba a estar cuando, bailando cogido a Cristina la "New York" de Frank Sinatra, observó a su mujer sentada en un taburete de la barra dando la espalda a la pista, frente a Luíser, riéndose mucho éste mientras le ponía la mano en el hombro, como para no caerse sobre ella de la risa que tenía. Mariví no lo miraba ni por asomo; Cristina sí, y se sintió celosa de ver cómo Jacinto estaba pendiente únicamente de su mujer. Jacinto vio cómo Luíser pagaba los cubatas, y cómo Mariví no hacía siquiera intento de pagar, y cómo apoyaba un pie en el taburete de Luíser, y cómo protegía con sus manos la llama del mechero que Luíser estaba usando para darle fuego. <<¿Qué pasa con la gilipollas esta?>>, pensó Jacinto. Cristina se dejó caer hacia un lado para forzar a Jacinto a darse la vuelta, de forma que éste ya no podía ver a su mujer. Jacinto despertó de su ensimismamiento y pareció moverse con más marchita, a la vez que dedicaba a Cristina una mirada y una sonrisa. Ella se cercioró mirando a los lados de que nadie les veía y subió una rodilla hacia la entrepierna de Jacinto. La apretó y la deslizó hacia dentro y hacia fuera unas cuantas veces, mimó con sus manos su nuca y aledaños, y lo miró a los ojos mostrándole la hermosura de sus labios y sus dientes blancos de tamaño cabal. A Jacinto le entraron unas ganas enormes y se arrimó más a Cristina; pero me sorprendió que, por primera vez desde que empecé a seguirle la pista, pensara con el corazón en vez de con el miembro: se separó media cuarta de ella y negó, mirándola sonriente, con la cabeza. La canción terminó y empezó "Paquito el Chocolatero". La gente se juntó para bailarla y un desconocido, ya enganchado a otras personas, invitó a Cristina a pasarle el brazo tras su cuello. Ella lo hizo y Jacinto, más frío ya, se retiró a la barra para ver -y transcribo textualmente- qué coño pasaba con el puto Luíser.

XXX.-

No tardaron mucho en irse a casa a dormir. Jacinto rescató a Mariví de las garras de Luíser. Estaba desconcertado. Cuando se acercó, Mariví dejó de reírle las tonterías al director, quitó el pie de entre los suyos y ofreció un trago de su vodka con lima a Jacinto. Luíser movió su taburete y se puso mirando a los botelleros, con los codos apoyados en la barra y con el fondo de ojo a punto de explotar por sobredosis y mezcla de bebidas tasadas con el impuesto sobre derivados de alcoholes naturales combinadas con refrescos que, por sí solos, le habrían dado cagalera. Entonces Jacinto, que no pensó en esto -pero he aquí el poder infinito y divino del escritor- recordó sin venir a cuento y porque Yo quiero unos bellos versos que aprendió obligadamente en la E.G.B., conjuntamente a la extensa y vasta biografía de su inmortal autor, y que decían, más o menos, eso de...

*-Mi capitán, mi capitán, ¿qué queréis
cagamos con los presos cagarramos?*

-Cagaleras los mandéis.

-¿Cagaleras los mandemos? Señor, mead bien lo cagáis.

-Yo sé lo cago, y lo cago, lo cago bien.

-Sorprendido meáis.

-Yo meo como me plazca.

...y Jacinto, mientras oía sin escuchar cómo Mariví le decía que sí, que ya se iban a ir a casa, se olvidó de su enfado y sus celos durante los segundos que dedicó a paladear ese ejemplar fragmento de nuestra literatura más universal, más conocida, más traducida y que más debe enorgullecernos a todos los hispanohablantes. He dicho.

En el coche no hablaron. Mariví iba recostada en Jacinto y él muy tieso, con el cinturón de seguridad abrochado y ambas manos continuamente en el volante, separándolas de él sólo para cambiar de marcha, e intentando no quitar la atención de la vía por la que circulaban, para expresar a Mariví una ignorancia que era incapaz de sentir; pero no pudo cumplir su objetivo, porque aprovechó un par de vistazos al retrovisor para mirar a su chica, que llevaba una sonrisa etílica muy cabreante y los ojos cerrados. <<Bueno, je, je, por lo menos no me ha visto>>, pensó Jacinto. Cada vez que torcían una esquina, Jacinto hacía exagerados movimientos con los brazos y los hombros para interrumpir el letargo de su esposa, pero ella seguía imperturbable en su profundo estado de relajamiento.

Mariví ni se enteró de que ya habían llegado. Jacinto se quitó con brusquedad el cinturón para molestarla y hacer que se despertara:

-¿Ya hemos llegado? -preguntó, estirándose y frotándose los ojos.

XXXI.-

El fin de semana pasó tranquilo. Como inocente venganza, puede pensarse que incausada, Jacinto utilizó en la mañana del sábado la elevada potencia de su amplificador para despertar a Mariví, así como la posibilidad que le ofrecía su moderna gramola de ser programada para reproducir varias veces seguidas una misma canción:

*Tanto cachondeo, tanta mala vida,
tanta mujer de moral distraída;
no comer caliente, sólo bocadillos,
uno, dos, siete, catorce carajillos.
De un lado a otro hasta el destroce,
en todos los garitos estuve yo anoche,
y te despiertas por la mañana:
<<Coño, si esto es la Plaza de España>>.*

Mariví se levantó y se puso de pie en la cama, para acompañar con su voz, y con la almohada a modo de guitarra, al incansable compacto, en la cuarta reproducción de cierta estrofa:

*Y, como siempre, hoy me arrepiento.
Si yo sigo así, derecho al infierno,
lo que hice ayer no lo vuelvo a hacer...
Bueno, esta noche la última vez.*

Jacinto y Cristina no se vieron ni se comunicaron. Según contaría luego a Jacinto, se bajó a Toledo a pasar los dos días con sus padres, y a aprovechar para comprarse unas prendas de cuero en Ventas con Peña Aguilera, un pueblecito de esta provincia famoso por su pingüe comercio con pieles animales.

Jacinto concertó partida de mus, con los mismos amigos que la otra vez, para el sábado por la tarde. Lo llamó Manolo por teléfono, que deseaba encontrar con él de nuevo una gratificante victoria como la anterior, para luego poder restregársela a los contrincantes vencidos durante toda la tarde, y recordársela de vez en cuando a lo largo de toda la vida. Manolo, todavía a través del mágico hilo, le preguntó por los sucesos de la Carrera de San Jerónimo. Jacinto respondió algo que no tenía nada que ver, y su amigo comprendió enseguida que Mariví estaba presente y que Jacinto debía callar como una puta. Tras colgar, Jacinto razonó que debía una explicación a Blanca, lo cual había pensado días atrás y no consumó por dejadez, primero, y luego por olvido. Por eso, mintió en casa de los suegros cuando dijo que la partida era a las cuatro de la tarde, y a las menos diez salió pitando hacia casa de Blanca, fingiendo que llegaba tarde. Siempre hay una cabina en la primera esquina a mano derecha, y en ésta se paró Jacinto para telefonar a su vieja amiga y prevenirla de su inminente llegada. Pero siempre que te corre prisa, de la tal cabina no quedan sino los soportes que la fijaban al suelo o, ¡mucho peor!, se te traga el dinero y no te funciona. Y de esta manera ocurrió, por lo que decidió subirse en un taxi, porque el coche se lo había dejado a Mariví, y presentarse sin avisar en casa de Blanca. El taxista era jovencillo y reconoció a Jacinto: había visto todas sus películas y tenía tres o cuatro grabadas en vídeo. Aseguró haber hablado con él tras una sesión de madrugada del Alphaville y haber coincidido de nuevo a la noche siguiente en el Vip's de Princesa. Jacinto dijo no recordar nada y el chófer se lo juró bromeando por la caída de este establecimiento imitando la voz de una niña pija. Lo miró por el retrovisor para comprobar si Jacinto se reía, pero encontró a un serio actor maleducadamente sentado que miraba hacia la calle, y que se ayudaba con la uña de un pulgar para quitarse una hebra de carne de entre los incisivos. Cedieron el paso a una ambulancia de la Cruz Roja en un cruce en el que tenían prioridad y el conductor comentó:

-¿Sabía usted que a todos los vehículos de la Cruz Roja /es matriculan en Ciudad Real?

<<Pero bueno, que tío más *pesao*. A mí qué cojones me importa si los matriculan ahí o en Costa Rica>>. Fíjese el singular lector en la perspicacia y agudeza de Jacinto, que en nada pensó en un lugar con las mismas iniciales. Jacinto se sorprendió de su rapidez mental y se sintió satisfecho.

El taxista apagó el motor en el destino y siguió hablando, mirándolo por el retrovisor, con las manos en la nuca y los codos hacia afuera para descansar la cabeza. Había desconectado el taxímetro unos metros antes de detenerse, pero el hombre no volvía a poner el cartel de "Libre". Jacinto entendió lo que se le venía encima si seguía aguantando el rollo y se apresuró a ponerle en la mano un billete de mil pesetas. Su admirador se hacía el remolón, hablando y gesticulando con el retrato de Galdós en la mano, y Jacinto optó por cortar y decirle: <<Bueno, que me tengo que ir. Quédese con el cambio. Gracias, ¿eh?, gracias>>.

Jacinto llamó al timbre del telefonillo de Blanca y, en lo que ésta tardó en contestar, él pensó en qué decirle y en el nuevo concepto que ella se habría formado de él.

-¡Blanca! Soy Jacinto, ¿puedo subir?

Blanca no contestó. Por ella lo hizo el molesto ruido que pone en marcha los seguro que complicadísimos mecanismos eléctricos que permiten la apertura de la puerta. Jacinto, que estaba apoyado de espaldas en ella, la abrió de una culada seca y fuerte, que la alejó de él con un traqueteante temblor. Una viejecita que permanecía oculta tras los cristales del portal le dijo que no eran modos. <<Créame que lo lamento>>, dijo Jacinto, disculpándose con la excusa más de época que afloróle.

-¡Hombre, Jacin! Quién te ha visto y quién te ve, hijo. Me podías haber llamado un poco antes -Blanca dejó pasar a Jacinto, al que esperaba en el umbral, y cerró la puerta.

-Ya sé, Blanca. Perdona que no lo haya hecho, pero es que no he tenido oportunidad... ¿Qué tal?

Blanca era una muchacha moderna y piruja en el más estricto significado de su primera acepción. No guardaba rencor a Jacinto y le consoló de un pequeño arrepentimiento que él exageró. Le ofreció café, él asintió y fueron a la cocina. Jacinto reposó las nalgas en una encimera y la cabeza en un mueble colgante. Blanca estaba de espaldas, a un par de metros, preparando la cafetera, con una falda roja y corta, de tela ligera y ensanchada por abajo. Arriba llevaba una cami seta sin mangas, también roja, con un discreto escote circular, por el que se descolgaba una áurea medalla, que permitía fantasear con el exquisito lugar que albergaría a la circonita que la adornaba desde la primera comunión. Tenía el culito respingón, y Jacinto, cruzado de brazos, lo observaba con admiración. Hablaron de temas intrascendentes y Jacinto comprendió que había perdido con Blanca la confianza que tuviera: ya no podía contarle que yació con Susana y que yacía con Cristina Manzanero. <<Antes lo habría hecho>>, pensó. <<Bueno, bueno, no sé>>.

-¿Cómo lo tomas?

-Solo, por favor.

Blanca llenó una bonita taza de loza de delicioso café que ofreció a Jacinto.

-Bueno, Jacin, que no te preocupes, ¿eh? -le acarició un carrillo y le besó de la misma forma que años atrás, en la puerta del taxi-. ¿Vamos al salón?

No volverían a juntar jamás sus bocas ni otras partes indecorosas. Jacinto se despidió con la certeza de que su mutua amistad no volvería nunca a ser como antes.

~;~;~;~;~;~;

La partida fue, para nuestro amigo Jacinto y su pareja, un paseo hacia el triunfo. Javi y Cosme no se enteraban de por dónde les venían. A éste ya se le calentaba la lengua y soltaba órdagos y elevaba apuestas del enfado y la desesperación que tenía. <<Estos pollos se pelan solos>>, comentó Jacinto. Y luego gritó, tras dejar pendientes doce fichas en envites a grande: <<¡Órdago al as, que se me han *dao* la vuelta!>>. <<¡Arriba!>>, contestó Cosme, que ocultaba tres pitos cuatro. Jacinto imprimió a su voz un tono aldeano: <<Pues *tíes* que tener... cinco ases *pa* ganarme>>, y volvió su combinación de cuatro unos y doses, para regocijo suyo y del compañero. <<Al saber le llaman suerte>>, comentó Jacinto.

XXXII.-

<<Ya podíamos haber hecho puente>>, dijo el lunes Jacinto a Cristina, cuando salían del vestidor. Pero cada uno del suyo, malpensado lector. Y era verdad -tanto como que Goyo Marlasca lo habría dado de buena gana si no llevasen acumulado tanto retraso-, porque al día siguiente sería martes, seis de diciembre, aniversario de la Constitución y fiesta nacional, por ende. Y por ende también, Luíser Portales había previsto el rodaje de unas escenas sencillas, que no requiriesen concentración, o que su realización la llevase implícita. Y en qué escenas se concentra uno mejor que en las de sexo, dedujo Jacinto que debió de pensar el director, a tenor de la arenga que ofreció en los instantes del ya obligado y clásico café prologal al trabajo.

No obstante, Jacinto había meditado mucho aquel fin de semana sobre su vida amorosa. Razonó que estaba casado con Mariví, se dio cuenta de que la quería y de que también ella le podía hacer daño, e hizo firme propósito de, excepto en lo estrictamente profesional, cumplir y hacer cumplir -he aquí el problema- el juramento de fidelidad a su mujer que hiciera en la iglesia de San Antonio de la Florida, años antes. Las sólidas convicciones que consiguió durante el sábado y el domingo se turbaron ligeramente al llegar a los estudios y, simplemente, saludar y ver a Cristina Manzanero. Luego, durante el maquillaje, con ella ausente, Jacinto censuró su falta de personalidad. Sus firmes principios volvieron entonces a subir a niveles que rozaron casi el máximo histórico, logrado tan sólo unas horas antes. Después, cuando la primera escena comenzó y se iba metiendo de nuevo en vereda, los pilares de su pensamiento parecieron desmoronarse; aunque, cual proceso de prioridad mínima de los que concurren en un sistema informático multitarea, al fondo

de la mente existía todavía un vago resquicio de pensamiento molesto, que le invitaba a no disfrutar de las carnes que palpaba.

Para la tarde cambiaría totalmente el sentido del trabajo: ya sólo escenas que sí importaba repetir hasta la saciedad, no como las otras. Portales, ingenioso y ocurrente donde los haya, añadía esporádica e improvisadamente algún toque de humor al guión de la obra, que sazonaba de la misma manera la aburrida rutina que conlleva la búsqueda de la perfección en este trabajo. La falta de libertad que provoca la asociación de ideas hizo que Jacinto recordase uno de los pocos consejos que su padre le dio para convencerlo de que meditase bien el optar por la profesión artística, hacía ya mucho tiempo: <<Verás, Jacinto, es que no es tan sencillo. No te creas que una película se hace en dos horas, que si ya has visto lo que tardásteis en grabar el anuncio de las fotos, imagínate lo que tardarás en grabar una película; que yo, cuando hacía la carrera, me quedé a ver en un parque cómo Ozores gritaba cien veces "¡A mí, los sarracenos!" porque estaba rodando y no le salía bien. Pero cien veces, ¿eh? Y para mí que en todas lo dijo igual, pero el director erre que erre, y que estaba mal y que estaba mal. Yo no me quiero meter, hijo, pero piénsatelo bien antes de decidirte>>.

Los protagonistas volvieron juntos a Madrid, y él callaba, asqueado de su forma de proceder con su acompañante. Jacinto decidióse a aclarar, junto a ella, sus ideas, y con tal fin abandonó la carretera por un lateral. Continuó unos metros y dirigió el auto a un descampado.

-Mejor a casa, tonto... -dijo Cristina, sorprendida por los presuntamente nuevos gustos de Jacinto, que apagó el motor cuando el coche no había llegado completamente a detenerse.

-No, Cristina. Yo estoy hecho un lío. No puedo seguir así. Mira, yo a ti te aprecio un montón, y me gustas y disfruto muchísimo cuando estamos juntos... Pero, joroba, no sé cómo decirte, también quiero a Mariví. Perdóname por el daño que te

pueda hacer, pero llevo con ella toda la vida, y siempre hemos estado fenomenal y hemos sido muy felices. Y no quiero que mi relación se corte por culpa mía y de una forma tan fea.

A Cristina se le humedecieron los ojos y los contuvo para no llorar. Acurrucó su cabeza en Jacinto y éste notó cómo le mojaba la camisa con sus lágrimas. Él la separó y la besó en los ojos empapados, sintiendo su sabor salado; luego la volvió hacia sí y pasó sus piernas al lado de Cristina, esquivando el radiocasete, la palanca y el freno de mano, y las colocó sobre las de su compañera, protegiéndolas. Con un arrepentimiento que no tenía, Jacinto buscó con la suya la boca de Cristina y como, tras unos minutos, yo viera que aquello duraba y que distribuía su influjo a otras zonas del cuerpo -sin que Jacinto llegase a desearlo completamente-, decidí volver la cabeza, taparme los oídos y volver a espiarles cuando arrancase el coche.

XXXIII.-

<<Martes, 6 de diciembre. Día de la Consti>>, escribió Jacinto en su olvidado cuaderno de tapas de corcho. <<Hemos comido en casa de mi hermano Virgilio, y se creía el bueno de él que, en Nueva York, íbamos a alojarnos en el Astoria, cuando lo triste es que a este hotel sólo iremos a rodar.

>>¡Cuánto hacía que no recurría a estas páginas para desfogarme! He aquí, delante mío, el mejor remedio para quitar el estrés, más incluso que escaparse una mañanita con la bicicleta por ahí. ¡Ay de mí!, si Mariví descubriera este secreto... El hecho de que pueda leerlo el día menos pensado inyecta a la situación un buen jeringazo de emoción y de morbo.

>>Bueno, que iba a decir que quiero quedar un día con Virgilio para tomar algo y charlar, coño, que parece que no somos hermanos. Hoy habría ido yo solo a comer a su casa, pero no le voy a decir a Mariví que pase de mí y que no se venga. En fin, si es que lo del matrimonio o, qué se yo, el simple hecho de compartirte contigo mismo y con una mujer potencia en muchos aspectos la vida de uno, pero aliena en gran medida otro montón de ellos. Durante todos estos años he creído ser el tío más feliz del mundo, hasta que, de repente, me di cuenta de que había dejado de conocer la típica faceta importante de los mejores años. ¿Qué he hecho después? Pasar una temporada con un par de vidas paralelas: el de siempre en casa y, por ahí, un soltero libertino con ganas de marcha. Pues ya está: aunque con retraso, ya he conocido la perspectiva de la vida que me faltaba y no me arrepiento de ello, pero no quiero que se vuelva a repetir. Ayer, que quise explicar a Cristina mis ideas acerca de nosotros, volví a caer en la tentación que su presencia me supone. Si la chica no se me pone a llorar, estoy seguro de que me habría comportado debidamente y, hoy, Cristina lo tendría todo mucho más claro. Y yo, no digamos;

hasta el incierto lector de estas páginas tan personales se habría inundado de la misma tranquilidad que yo habría descargado. ¿Pero ahora qué? De siempre he sido un tío sensible y me veo incapaz de, más o menos, decirle a Cristina que me deje en paz y que se vaya a tomar por saco. Joroba, que quiero ser como antes, estar con mi chiquita, ir con mis amigotes y ser feliz, sin comeduras de cabeza y sin la tensión de un secreto que no puedo confesar a nadie. Ni siquiera a Virgilio, al que hace diez años le habría contado esto y mucho más; pero, lo que son las cosas, Virgilio es mi hermano, me he pasado media vida con él y, desde que me casé, se conoce que él me ve como un tío distinto y ya ni siquiera me cuenta cómo era la última chica que durmió en su apartamento>>.

Jacinto descansó apoyando los costados de las manos sobre el papel, y las giró un poco hacia afuera a la vez que hacía un gesto de asombro con la cara. Punto y seguido escribió: <<A lo mejor es que de verdad he cambiado y sí que soy distinto>>. Repasaba estas últimas palabras, con la pluma en la mano y su capucha mordisqueándola en la boca, cuando escuchó el ruido del ascensor. Escondió corriendo el cuaderno de tapas de corcho y recibió a Mariví en el pasillo de casa.

-¿Ha empezado ya? -preguntó ella.

-¿El qué?

-¡Anda! Pues lo de Javier Galisteo, que es hoy cuando entrevistan a Cristina.

-¡Pero si es verdad! Pues no, pero debe de faltar poco. Lo dejo puesto y, mientras, hacemos la cenita, ¿vale?

Dicho y hecho, Jacinto encendió el televisor y fue discretamente ayudado por Mariví mientras cocinaba una tortilla española. Cuando comenzaba el programa se sentaron a cenar.

-Don Lázaro Stoller -anunciaba el presentador, mirando al entrevistado-, empleado de Correos y escritor. ¿Qué le parece a usted que se lleve al cine su segunda novela, "Ya no me da tiempo a huir"?

-Ante todo, buenas noches. No puede decirse que sea rigurosamente mi segunda novela, puesto que es continuación de la anterior, y de hecho se titula exactamente igual que ella, diferenciando sólo en el guarismo que indica el tomo. Además, aun siendo dos historias entendibles de forma independiente, la segunda parte no existiría de no haber escrito antes la primera, y ni siquiera para mí tendría sentido sin ella. En cuanto a la pregunta, pues mire usted, me parece muy bien cualquier manifestación artística, de cualquier tipo.

Lázaro Stoller encendió un cigarrillo. Él les decía pitillos, y así mismo llamaba fósforos a las cerillas, y encendedor al mechero. En su novela defendía y publicaba éstos y otros valores clásicos, valores de apariencia, que la juventud iba olvidando y amenazaba con extinguir. Lázaro Stoller se presentó al programa con sombrero, chaqueta -que no americana-, corbata, y pañuelo en el bolsillo de aquélla a juego de ésta. Para ir guapo, su esposa le fijó el pelo con agua y azúcar, como en los viejos tiempos.

Se dio fuego con mechero de cuerda. Los años le hicieron madrileño y, como tal y viejo, frecuentaba los salones del Ritz y en ocasiones se cruzaba, en los descansos del trabajo, a subir al pasillo elevado de la Bolsa, para admirarla y observar a los postores. Stoller buscaba en El Retiro a señoras que, como él, paseasen al perrito, para pasar un agradable rato de charla.

-Comprendo el desencanto de los jóvenes -dijo Lázaro Stoller, cuando el programa llevaba ya muchos minutos, y ya había comenzado el habitual coloquio que seguía a las entrevistas individuales-, porque es consecuencia de la Libertad que nosotros conseguimos la decepción de no tener un dictador contra el que conspirar, el no tener motivo que mueva a arrojar secretamente panfletos con propaganda contra el Régimen tras una reunión clandestina, el carecer de policías vestidos de gris y montados a caballo de los que huir, y el decir ¿para qué? a los cuatro reaccionarios que claman por comenzar mañana la Revolución Pendiente.

Cristina era mujer sin idea política definida -<<Estoy bien así>>, solía decir cuando surgía esta disciplina como tema de conversación-, pero que votaba a la derecha moderada por la inercia de una familia de pasado franquista. Despistada y sin ilustración, condujo la conversación hacia cauces relacionados:

-Bueno, y ahora que resulta que todos los políticos estuvieron en Mayo del sesenta y ocho, ¿se han fijado? Todos tienen algo que contar de aquella época.

-Claro. Pero es que es normal -contestó Stoller-. Todos quieren, o queremos, ser padres y autores de la conquista de la Libertad y de la democracia. Aunque ellos no movieran un dedo, lo dicen tanto que acaban creyéndoselo, y muchos se piensan ya que realmente los encerraron en un furgón y los llevaron a la Dirección General de Seguridad, y están plenamente convencidos de ello. Y seguro que lo cuentan a los jóvenes en estas conferencias que algunos van dando por las universidades.

Germán, el camarero que servía las mesas en el bar que el programa tenía como decorado, sirvió impecablemente las cálidas bebidas solicitadas en una anterior visita. Con leche para Manuel Fúnez -joven futbolista de la Selección española-, solo para Cristina, y también esto para Stoller, pero acompañado de una jarrita metálica con coñac calentito.

-Esas mentiras son lo de menos -intervino ahora Fúnez-. Lo triste es que, por sistema, todos los políticos mienten en temas muy serios. Ninguno dice ya la verdad. Y, si la dicen, esconden gran parte de ella, la dejan incompleta, y no sé yo qué es mejor, si no saber nada o saber sólo una parte.

-Mira, Manolo, si la cosa es muy sencilla... No hay que fijarse, como hacen todos, en el funcionamiento de países extranjeros. Lo que los políticos necesitan es vergüenza para dimitir cuando les pillen en un escándalo.

Javier Galisteo prefirió cerrar el asunto y propuso otro no menos espinoso:

-¿Y qué piensan de la desmembración del territorio nacional, de la que ahora se habla tanto?

-Yo creo -dijo Stoller, que abusaba realmente del tiempo y de la cámara- que aquí el error acostumbra a pasar tan inadvertido, que usted mismo acaba de cometerlo y seguro que son muy pocos los que se han dado cuenta: ha dicho usted <<desmembración del territorio nacional>>. ¿Por qué no ha dicho <<España>>? Fíjese, hay cierto miedo a pronunciar la palabra España. Cuando hablamos de ella decimos <<Este país>> o <<El Estado>>, pero nunca España. Hay que plantear España como una idea común, que da la casualidad de que está formada por su actual territorio, bajo la cual podamos vivir en Paz y con el desarrollo, la Libertad y la Justicia como objetivos comunes a todos. No podemos negar la existencia de nacionalidades, con un conjunto de singularidades que las diferencian del resto, pero debemos procurar todos converger en recuperar esa idea de formar una comunidad. Más que una nación, España debe ser entendida como concepto.

Cristina y Fúnez aportaron poco. Posiblemente no habían meditado jamás sobre esta idea, y lo único que alguna vez hicieran con ella fue escucharla en la tele y, tal y como les entró, les salió.

XXXIV.-

El día siete, y conforme a un previo contacto telefónico, Jacinto fue visitado en casa por un periodista y un fotógrafo de ABC, para que rellenase el mencionado cuestionario de Declaraciones Íntimas:

<< Rasgo principal de mi carácter: *El optimismo.*

Cualidad que prefiero en el hombre: *La amistad sincera.*

Cualidad que prefiero en la mujer: *La inteligencia y la fidelidad.*

Mi principal defecto: *Tal vez, el demasiado optimismo.*

Ocupación que prefiero en mis ratos libres: *Leer, jugar al mus, escuchar música...*

Para estar en forma necesito dormir: *¡Ojalá y pudiese once horas!*

Mis escritores favoritos: *Cervantes, Landero, Stoller...*

Mis pintores favoritos: *Goya y Picasso.*

Mi deporte favorito: *Fútbol, para verlo; la bicicleta, para practicarlo.*

Mis políticos favoritos: *De los actuales, ninguno.*

Héroes novelescos que más admiro: *Don Quijote y Augusto Faroni.*

Hecho histórico que prefiero: *El final de cualquier guerra.*

Comida y bebida que prefiero: *Cocido y Heineken, pero no juntos.*

Lo que más detesto: *El dolor y la muerte.*

Reforma que creo más necesaria: *La que lleve a la auténtica justicia social a nivel mundial.*

¿Cómo quisiera morirme? *No voy a morirme.*

Estado actual de mi espíritu: *Inquieto, pero feliz.*

Faltas que me inspiran más indulgencia: *Las involuntarias>>.*

Después, Jacinto echó una firma en el cuestionario y dedicó un rato a una breve sesión fotográfica que más parecía ser un test de personalidad: <<Sonría>>,

Cientos de horas más tarde, y como estaba acordado, Jacinto y Mariví se vieron, en un bar cercano al domicilio de la pareja, con un fotógrafo de una revista <<del corazón>>. Se dirigieron con él al mercado de abastos más próximo, compraron unos tomates y unas lechugas y, como si no supieran nada, se dejaron hacer unas fotos hablando con un vendedor de un puesto de ultramarinos. Jacinto no tuvo ni que responder a las preguntas, que posteriormente aparecerían publicadas junto a algunas de las fotos, porque ya se habían encargado él y Luíser de enviar con anterioridad las contestaciones al fax de la editorial.

XXXV.-

Jacinto había evitado los arrumacos y los besos de Cristina durante días, así como sus invitaciones, claramente insinuantes, para subir al piso. <<Me duele la cabeza>>, se excusó una vez Jacinto para regodearse en privado con el viejo truco. Pero, tras las cervezas de despedida prenavideñas, él se vio obligado a despedirse de su amante con lo que quiso ser un beso relativamente breve, bajo la oscuridad de una farola fundida. Mas Cristina debió de pensar que ese día no se le escapaba, y usó sus artimañas para cautivarlo y hacerlo subir.

Ya arriba, se mordisquearon de diversas formas, apoyados en el lado interior de la puerta cerrada del apartamento. Tras unos minutos, y percatados de la incomodidad que la posición suponía, Cristina tomó la iniciativa de trasladarse, y tiró del extremo no enhebillado del cinturón de Jacinto, que la siguió, despeinado y con la boca brillante, hacia sus aposentos.

Desconozco los pensamientos de Mariví, lector; pero sé, por la expresión de su rostro al retozar aquella misma noche, que se sintió menos complacida que habitualmente por las caricias y demás otorgamientos de su esposo. Era normal, pues Jacinto acababa de pasar momentos muy intensos con Cristina y, además, como pensó él al ser consciente de su bajo rendimiento, <<los años no perdonan>>. Pero estoy seguro de que Mariví, como santa que era, achacó su insatisfacción al estrés que Jacinto, nada más llegar, dijo haber ido acumulando durante varios días, para sufrir sus consecuencias en la jornada previa a sus vacaciones. Pero el origen de ese cierto estrés había tenido lugar esa noche, al abandonar arrepentido el apartamento de Cristina Manzanero, porque Jacinto salió de él triste, y se observaba, avergonzado, recorriendo el pasillo del portal de Cristina conducente a la calle, desde una imposible cámara cenital que transmitía su imagen a todo el Mundo,

con una voz en <<off>> que explicaba a los televidentes que ese hombre no era más que un sinvergüenza y un cabrón. Jacinto también echó unas lágrimas en el coche, y hasta se esperó en él, dentro del garaje, para que el brillo chivato abandonara sus ojos. En el trayecto desde la casa de Cristina hasta la suya, Jacinto prometió al menos cien veces que iba a ser bueno y que no lo volvería a hacer. <<Seré honrado>>, juró incluso.

~::~:~::~:~::~:

Pero el tiempo es la mejor medicina, pues todo lo cura, y un par de días más tarde Jacinto estaba como loco de contento y convencido como cuando más de estar enamorado de su mujer. Y era verdad y así se lo hacía sentir, y por eso le dedicaba a ella todo el tiempo que le quedaba libre, que era las mañanas, las noches y el periodo de tarde sobrante de la sobremesa, que era aprovechado por Mariví para dormir, y por Jacinto para deleitarse jugando al mus. Desde su adolescencia, Jacinto no había disfrutado nunca la Navidad, pues siempre se le venían a la cabeza los malos recuerdos de la gente amada, pero perdida. Pero aquella fue distinta, porque renacía en Jacinto la tranquilidad de la que siempre había gozado y no había sabido apreciar, y que superaba con creces a la deleznable e inútil morriña de los difuntos. Rezó en varias ocasiones para que Mariví ignorase siempre sus estúpidas aventuras, y se mostró convencido de no volver a repetir las nunca más. <<Tenemos muchos proyectos>>, comentó un día, feliz, a su esposa, que observaba, apoyada en la pared de la cocina, cómo Jacinto preparaba un pastel de chocolate.

Y salió riquísimo y menos mal que salió así, que era la modesta aportación de ambos a la cena de Nochebuena en casa de los padres de ella, y no podían quedar mal de ninguna manera. Jacinto notó que el pastel había gustado, pues no escuchó

ninguna adulación del tipo <<Tá bueno>>, que pronuncian los amigos con voz empalagosa y de asco y cara de pena para hacernos el cumplido; lejos de ello, todos movieron la cuchara con avidez para eliminar del plato cualquier atisbo de la sabrosa cobertura de crema. Tras la cena, en un cruce en el pasillo entre Jacinto y Mariví, que colaboraban en recoger la mesa -acto el de él, por otra parte, muy criticado por el suegro, machista de toda la vida-, ella le susurró una felicitación por el exquisito paladar de su postre.

<<Lástima que las vacaciones sean siempre efímeras>>, escribió Jacinto. Y es que a él, como a mí -que sé yo que pensó <<Uff, si no la escribo, exploto>>-, le gustaba la palabra desde que escuchamos a un atleta decir que <<La vida del deportista es "emífera">>, y alguna vez la hemos utilizado confundidos e inseguros de su correcta pronunciación, inducidos por él. Pero aquel día, sentado en su váter y con su cuaderno de tapas de corcho apoyado en las rodillas, Jacinto pensó dos veces la palabra antes de escribirla, para no tachar y sí comenzar la página espléndidamente. Estaba solo en casa; pero, así como Lázaro Stoller exigía escribir sus columnas arropado por las faldas de la mesa camilla, Jacinto había decidido seleccionar el cuarto de baño como su privilegiado lugar literario.

Se sentía creativo, inundado por una vitalidad enorme y muchísimas ganas de hacer. <<¿De hacer qué?>>, escribió, y continuó así: <<Nada en concreto, pero voy y vengo, bajo a por la prensa, subo y no estoy ni cinco minutos leyéndola. Siento que el tiempo se va y que tengo que aprovecharlo. Hoy, por ejemplo, he arreglado una silla que estaba coja y he apretado un grifo que goteaba. También le he pegado bien la goma a la puerta del frigorífico, y por fin le he puesto grapas, desde el vestíbulo hasta el dormitorio, al cable del teléfono supletorio, que andaba caído, escondido a presión por las rendijas del rodapié.

>>Mariví es una tía sensacional. ¡Si yo pudiera contar aquí...! Pero ella me merece tanto respeto que ni a vosotros, queridos y secretos papeles, voy a relataros lo bien que me lo paso con ella. En todos los aspectos, claro está.

>>Eso de "los aspectos" pienso yo que le da un tono picarón a la cosa, y es precisamente lo que quiero expresar pero que ya digo que no puedo contar, ¿eh?. ¡Joder! Me encuentro, creo, en uno de los mejores momentos de mi vida. Pienso que no puede haber ahora mismo un tío más feliz que yo. Imposible total. Me paso el día cantando y silbando, poniendo música y cogiendo a Mariví para bailar. Tengo, incluso, cierta necesidad de inventar y escribir una historia. Si alguien lee esto alguna vez, por la mala caligrafía comprobará que está escrito deprisa, y es por la impresión que me da de haber dejado algo a medias que tengo que acabar... Y sin duda lo he hecho; no hoy, pero sí en infinidad de ocasiones. Una de las cosas de>>. Jacinto dudó si hacer punto y aparte después de <<ocasiones>>. Contra mi inicial criterio -del que luego me desdije-, decidió que sí y puso un signo, que él interpretaba como fin de párrafo, entre dicha palabra y <<Una>>. Retomemos el hilo y prosigamos:

<<Una de las cosas de las que más me arrepiento es haber abandonado mi joven proyecto de partir hacia África, abandonando todo y viniendo sólo con periodicidad anual. Se lo dije a Mariví muchas veces, y ella siempre me contentaba diciendo que sí, pero que primero teníamos que trabajar para ahorrar dinero para el viaje. Y fíjate, de eso, como de tantas cosas, no queda nada. También me atraían, por razones de un sentimental hermanamiento que me une a ellos, países como Perú, Bolivia o Colombia. ¡Vaya nombres bonitos! Y España, como palabra, también dice un montón: pronuncio, leo o imagino "España" y creo ver el mapa de nuestros alrededores con una destacada Península Ibérica, de especial colorido, más bella que el resto>>. Jacinto se miró el reloj y le entró de repente la prisa por terminar lo que jamás había empezado, y finalizó la página, más abajo de la mitad, con dos segmentos alineados y separados por un círculo.

XXXVI.-

La noche de fin de año se daban cita en casa de los padres de Jacinto -además de este, Virgilio y Mariví- su tía Julia, con su marido y sus hijos. Julio y Javier se llamaban, gemelos y librados ambos de la mili por exceso de peso, aunque lo cierto es que Javier salía, por las fechas en que tuvo que acudir a tallarse, de una grave enfermedad que le prorrogó en un par de meses la fecha de presentación ante el médico militar y que le hizo perder cerca de treinta kilos. Y doña Pepita, la impresentada madre de Jacinto, comentó un día a su marido que acaso lo hubiera suplantado Julio en tal obligación, para cosechar a su querido e idéntico hermano un éxito similar al suyo. Don Virgilio, hombre honrado como el que más -que siempre que escuchaba a sus sobrinos contar cómo uno de ellos se había presentado por el otro a algún examen del instituto, había hecho oídos sordos sin querer enterarse-, regañó a su mujer por desconfiar con semejante bulo de la honestidad de los chicos de su hermana: <<Pepita, coño, sabes bien que en caso de duda, piedad para el acusado. *In dubio pro reo*, que se dice>>.

Pues siempre lloraban doña Julia y don Virgilio, cuando terminaban de sonar las últimas campanadas del año y todos se abrazaban y besaban, porque añoraban los momentos similares, de mucho tiempo atrás, por desgracia irrepetibles, cuando a sus padres todavía no se los había llevado el Señor a su seno. Porque con este pensamiento se consolaban: pensando que disfrutaban en ese desconocido, enigmático e incierto Cielo. Luego, como doña Julia se ponía muy guapa para la reunión familiar, el rostro de Jacinto se manchaba con el rímel humedecido que su tía dejaba descender desde los párpados hasta los pómulos. Y Jacinto, para no ofenderla, continuaba besando a todos sin limpiarse, hasta que su tía, como todos

los años, se fijaba y le decía, sonriendo y con los ojos llorosos: <<Ven, hijo, que te limpie, que te he llenao la cara de pintura>>, y le frotaba el carrillo con un <<clínex>>.

A la una ya estaban todos los primos distribuidos en dos coches para acudir al cotillón que Salcedo -antiguo amigo de Virgilio, muy diplomático, que siempre se paraba con Jacinto a interesarse por su vida- organizaba en su local de la carretera de La Coruña.

-¡Salcedo, el hombre de profesión desconocida! -dijo Virgilio a su hermano, para contestarle una pregunta que le acuciaba ocasionalmente desde hacía muchos años. Chupó su cigarrillo y lo dejó en el cenicero del coche que conducía-. Pues este tío sigue sin dedicarse a nada... Organiza conciertillos de grupos noveles, fiestas... y también vive del narcotráfico a pequeña escala.

Encontraron el sitio con cierta dificultad, porque había que desviarse hacia un camino que sus primos, a los que seguían, parecían no encontrar jamás. El lugar elegido era el garitón de un chalé, entre cuyos setos -que hacían las veces de entrada a la parcela- se había extendido, a cierta altura, una sábana adornada con dibujos de chillona pintura en aerosol; en su centro, con color negro pero con conseguidos huecos sobre la tela blanca que simulaban efecto de brillo, se leía, en letra regordilla, baja y redonda, la leyenda: <<Salcedo's Fin de Año>>. Y en la puerta estaba él, saludando a la gente que llegaba, ataviado con un fino gorrillo cónico de colores y pelusilla por abajo, y un matasuegras en la mano. Salcedo era un tío de pelo liso como la sota de bastos, pero de menor longitud que el de ella. Tenía la nariz gorda y recia, y una voz tranquila pero agresiva: <<Vamos para dentro, que no he visto al pollo>>, le oyó decir una vez Jacinto, cuando acompañaba a Mariví a su casa, siendo aún novios. Siempre tenía un cigarro en la mano derecha que utilizaba, más que para fumar, para gesticular con él cuando charlaba con alguien. Y charlaba con todo el mundo: bien pijos, bien antiguos <<progres>> venidos a maduritos de doscientas cincuenta mil mes, bien <<heavys>>. Igual aparecía un día de chaqueta y

corbata, que con unos vaqueros rajados y chupa de cuero con cremalleras. Poseía varios locales en Aluche que alquilaba a conjuntos musicales de jóvenes por pequeñas cantidades de dinero. Así mismo, les llevaba a tocar a garitos de gente que conocía y, aunque los chavales no cobraban más que las copas bebidas, Salcedo acordaba con el dueño del bar unas condiciones económicas que le permitiesen sacar, al menos, un ventajoso y favorable pellizquillo. Y de eso vivía, prácticamente sin pagar impuestos, porque escondía el dinero bajo las baldosas y tenía sus trapicheos, y ponía a nombre de sus padres o de su hermano pequeño el patrimonio que iba adquiriendo.

Como casi todas las fiestas de Nochevieja, aquella se prometía divertida: no faltaba la música que en tales eventos es apetecible, estaba la gente de toda la vida y, además de las obligadas bebidas fuertemente alcohólicas, susceptibles de mezclar con colas y zumos gaseosos para obtener riquísimos cócteles, tampoco escaseaba un excelente hachís marroquí, importado especialmente por Salcedo para la ocasión.

De entre los asistentes, Jacinto localizó rápidamente a sus compañeros de mus, que habían venido acompañados de un nutrido grupo de amigos y amigas. Se acercó a saludarlos, ocultando su rostro con un antifaz que le habían proporcionado al entrar y que, en lugar de gomilla, se sujetaba con la mano mediante un palo. Manolo bromeó, fingiendo que no lo conocía: <<Ostia, tío, pues no te conozco...>>. Le dio una palmadita en el hombro que casi hizo caer el cubata de Jacinto. <<¡Jacin, coño! ¿Qué pasa? ¿Dónde te has dejado a Mariví?>>. <<Pues se ha quedado en casa>>, contestó. <<Anda, cabrón, que no caerá esa breva>> y, cogidos por el hombro como los borrachos, rieron fuertemente los dos.

Mientras tanto, Mariví había quedado atrás, charlando sola con Javier y Julio y unos cuantos amigos de éstos, que se habían acercado, quién sabe si llamados por el deseo de saludar a los gemelos, o bien por conocer a la bella mujer que los

acompañaba. Lo cierto es que todos se presentaron a ella con dos besos y, destacando sobre la escasa labia que caracterizaba al grupo, uno de ellos entabló enseguida conversación con Mariví, que esperaba todavía un vaso que llevar a sus labios. Pronto accedió a la invitación de su interlocutor a seguirlo, para que éste le consiguiese la bebida deseada.

Jacinto iba ya por la mitad de su segunda copa cuando movió la cabeza para buscar a Mariví, a la que creía haber dejado a buen recaudo con sus queridos primos. Al comprobar que no se encontraba con ellos, se les acercó:

-Pues ni puta, chico -contestó Julio.

-Me parece que se ha ido a la barra con Juanito -informó Javier.

Y Jacinto, desconocedor de la faz del tal Juanito, buscó por las tres barras a su querida esposa. Tardó en localizarla porque, para ese momento, ya se encontraba bailando una salsita con su acompañante. Cuando ella miró hacia Jacinto, éste le hizo una señal indicándole que estaba ahí, pero ella sólo alzó la mano, dándose por enterada, y continuó bailando. Jacinto se quedó mirando unos segundos y volvió con sus amigos. Le preguntaron por su película, por el próximo viaje a Nueva York y, cómo no, pronto saltaron con el polvazo que tiene Cristina Manzanero. Jacinto estaba molesto por el posible desprecio con que le estaba vejando Mariví, y quiso desquitarse contando que sí, que ciertamente estaba muy buena, y que tenía unas tetas no sé cómo. Por culpa del alcohol, estuvo a punto de contar que subía a su apartamento y que se la tiraba después de trabajar, pero se lo impidió un repentino brote de sobria racionalidad.

Jacinto estaba celoso; estaba comprobando que Mariví lo pasaba bien sin él, y que era capaz de formar, con su sola presencia, numerosos grupos de varones revoloteando como buitres a su alrededor. <<Se está pasando>>, pensó Jacinto, y se acercó a rescatarla de la bandada de aves carroñeras. En el camino se topó con Virgilio, que bebía y hablaba, agarrado ya a una desconocida rubita, joven e

imponente, vestida con un ceñido vestido blanco de algodón, que invitaba a imaginar la forma de sus apetecibles badenes. Guiñó un ojo a Jacinto mientras probaba suerte, acercando por primera vez su boca a la de la chica, que le correspondió debidamente. Jacinto pensó que <<Joder con Virgilín>> y siguió el rumbo hacia su mujer. Saludó simpático a sus acompañantes y la besó, disuadiendo así a aquellos hombres, que se fueron alejando poco a poco de su objetivo.

Mariví expresó a Jacinto su pequeño disgusto por la falta de atención que le había dedicado, y él se excusó. Bailaron, bebieron, hablaron y fumaron chocolate, sin separarse más durante toda la larga noche.

XXXVII.-

El primer lunes después de Reyes comenzaba el rodaje de exteriores por calles y parques de Madrid. No todas las noches las tenían libres, y las primeras horas de una de ellas fueron ocupadas en salir, a la planta alta de un restaurante, a grabar las tomas de una cena y unos ardientes besos en una esquina que hubo que repetir. Jacinto no quería ya nada con Cristina, y de esta forma tan taxativa se lo hizo saber, para desconuelo de la chica, que esperaba algo más de la respuesta afirmativa con que contestara Jacinto a una invitación a cerveza, ulteriormente consumada. En el coche, Cristina lloró, y quiso hacerlo en el regazo de Jacinto, que se lo impidió amable, pero duramente.

-Sé lo que sientes, Jacinto -decía Cristina a trompicones-; pero entiende también que yo me sienta engañada, que creía que estabas de verdad enamorado de mí...

-Mira, Cristina, sabes que sí que lo estoy -¿quedaba algo de verdad en las palabras de Jacinto?-, pero nunca te he negado que también lo haya estado de Mariví... Verás, es una cosa muy compleja, sabes que nunca me había pasado... Nunca, bueno, nunca antes había engañado a Mariví -Jacinto se puso rojo-. Créeme, Cristina, que te quiero muchísimo, pero no quiero echar a perder los años que llevo vividos con mi mujer... No quiero que lo nuestro siga.

-Bueno, pues entérate de esto -Cristina se aguantó sus sollozos para hablar claramente-: si no fuera por todo lo que te quiero, por lo enamorada y lo tonta que estoy por ti, te juro que esta noche llegaba a casa y llamaba a tu mujer para contarle todo. Si es que me has tenido totalmente a tus pies, como un perrillo faldero detrás de ti, haciendo siempre lo que tú querías... -Cristina, al darse cuenta del fortísimo significado de sus palabras y de su inigualable desengaño, volvió a llorar-. No

vuelvas a hacerle esto a nadie, Jacinto, puedes hacer muchísimo daño. Por lo único que me alegro es porque creo que has aprendido una lección que espero que no repitas jamás.

Cristina anunció su regreso en taxi y abrió la puerta para salir del coche. Jacinto se ofreció para llevarla a casa:

-No, de verdad, muchas gracias, pero no.

-Bueno, Cristina, besémonos por última vez, por Dios, no podemos quedarnos así.

-Déjalo. Tenemos que hacerlo en Nueva York -y se marchó extrañamente emocionada, con la sonrisa de una eterna despedida, que mantuvo un instante, dirigida a Jacinto, a través de la puerta abierta del coche.

Jacinto tardó unos segundos en moverse, pues permanecía con la mano en el seguro de la puerta del copiloto, que acababa de bajar, y con la mirada puesta en Cristina, que se alejaba hacia calles con más tráfico. Por su cabeza apareció la idea de salir del coche, para fundirse los dos en singular abrazo al que, probablemente, Cristina habría respondido afirmativamente. Pero dicho acto no hallaba sustento en el corazón de Jacinto, y lo pensó bien antes de acometerlo. De un respingo colocó el cuerpo en posición de conducción y dirigió la proa del vehículo a su anhelado hogar, orgulloso y feliz de haber acabado con una incómoda etapa de su vida.

XXXVIII.-

La noche antes de salir a América, Jacinto y Mariví apenas durmieron. Se abrazaron e hicieron el amor hasta saciarse, revivieron sus recuerdos y se entristecieron por separarse.

-Mariví -dijo Jacinto, influido por la emotividad del momento-, no te lo había dicho, pero sabes que te estoy muy agradecido por lo bien que te has portado conmigo... Has sido muy valiente al tomarte tan estupendamente este trabajo.

Ella permanecía recostada, con los brazos anudados en el tronco de su esposo.

-Lo sé, Jacinto, no sabes cuánto me ha costado callarme los celos, y lo mal que lo pasé al cenar aquel día pegadita a Cristina -se calló un instante-. Tú, Jacinto, ¿de verdad que no sientes nada por ella, que no la quieres ni disfrutas cuando... cuando os besáis u os abrazáis al estar rodando? O sea -le echó valentía-, ¿no te entran ganas de seguir de rollo al terminar una escena de esas?

Jacinto, en el fondo, era un cachondo y un hombre de pensamiento rápido -razón por la que, a veces, se le trababa la lengua al hablar: porque no había terminado de decir una cosa cuando ya estaba pensando la siguiente-. En poco más que nanosegundos, imaginó lo que podría ocurrir si le dijera: <<Claro que me entran ganas, y por eso me he *enrollao* con ella media docena de veces>>. Contestó con lo que entonces deseaba que hubiera sido la verdad, y tan convencido lo dijo que casi se quedó con la impresión de que realmente lo era:

-Pues claro que no, bonita... Mi relación con Cristina es la misma que la que pueda tener con otro compañero cualquiera. Tú imagínate, si las cosas fuesen como tú piensas, el follón de vida que tendrían montados los actores... Vamos, que, sin duda, no existiría la profesión.

Quedaba poco para que Mariví terminara de leer la novela de Stoller, y Jacinto, en secreto, espiaba la velocidad con que ella avanzaba sus páginas.

-Y ahora, cuando os vayáis a Nueva York, ¿cómo sé yo que no vas a volver enamorado de ella, con todo lo que tenéis que hacer allí, que me pongo mala cada vez que lo leo?

-Pero bueno, ya te he dicho que no tiene nada que ver, cariño; que yo me voy de viaje, pero a trabajar. Y va a ser una semana de rodaje, no de vacaciones. Quédate tranquila, mujer, que ya sabes que sólo te quiero a ti, y que no voy a arriesgar nuestra relación por ninguna tontería. No te disgustes, anda, nena...

~~~~~

Mariví no llevó a Jacinto al aeropuerto; no quería encontrarse allí con la mujer que sería dueña del cuerpo de su esposo durante unos días. Mariví no confiaba realmente en él y así lo demostró, tras acompañarlo a la calle a buscar un taxi, cuando murmuró, al ver cómo Jacinto se alejaba, que <<Todos son iguales>>. Debía yo optar, fiel y constante lector que ha soportado la lectura hasta estas páginas, por permanecer en Madrid vigilando a Mariví, o bien esconderme en el bolsillo de Jacinto y volar con él a Nueva York; y me dije: <<¡Qué coño! Quedarme en donde siempre observando la seguro que castísima fidelidad de Mariví, o cruzar El Charco, conocer mundo, y ver si el pendón de Jacinto recae en las garras de la carne>>.

Jacinto fue recibido por Luíser, que lo saludó dándole una fuerte palmada en la mano, por encima de sus cabezas. Cristina se acercó a ellos dos para aparentar normalidad, y se mostró contenta de la pequeña aventura que iban a emprender. Tenía bolsas en los ojos. <<Pobrecilla, ¿tan mal lo estará pasando?>>, pensó Jacinto, ignorante de que sus ojeras procedían del desvelo propio de los nervios del viaje.

Acaso llevara Mariví algo de razón porque, durante el refresco que tomaron antes de embarcar, Jacinto hizo un par de observaciones algo ordinarias sobre unos grupos de rubias extranjeras que por allí deambulaban. Y es que parece que los viajes avivan el gusanillo y hacen renacer el apetito del morbo. Todavía no habían salido, y ya había admirado Jacinto, a escondidas, la perspectiva trasera del cuerpo de Cristina. Estaba deseoso de salir ya, de montar en el avión y llegar al destino. Su enamorada actitud de tan sólo unas horas antes parecía haber cambiado. No pensaba específicamente en las escenas con Cristina Manzanero, sino en el hecho de estar fuera para ver más y más <<guiris>>.

Partieron de noche, y de noche llegaron. Compartieron asiento Luíser y Jacinto, éste en la ventana, y vivió, como siempre, la excitante emoción de ver, arriba, la proa del avión al separarse del suelo. Apenas tuvieron tiempo de llegar a su hotel y salir a un restaurante cercano a tomar una cena ligerita. Jacinto chapurreba el Inglés y se atrevió a pedir a la camarera:

*-Ai gud laik tu jaf an bij hamburguer güiz chis an beicon, an e couca cola for tu drinkin. Okey?*

~~~~~

Observé que los estadounidenses llaman <<América>> a su país, menoscabando -a mi juicio- al resto de naciones que comparten con ellos continente; y esta forma de referirse parece contagiarse a los turistas y viajeros que visitan la Confederación, que tal vez lleguen influidos por la invasión de productos e imágenes yanquis.

Goyo Marlasca, tras sonar el despertador, corrió la cortina de la ventana de la habitación, que compartía con Jacinto, y exclamó, al penetrar sorpresivamente la cegadora luz y contemplar el ingente movimiento de personas y coches en la calle:

-¡Despierta, tío que estamos en América!

Se quedó observando un minuto más y levantó repentinamente la almohada que cubría por entero la cabeza de Jacinto.

-Vamos, coño, levántate, que tenemos que ir a currar y a conocer tías.

Desayunaron grasuza, huevos fritos y cereales con leche, y salieron en taxi amarillo hacia los lugares que el ayudante de dirección, el de producción y un cámara -que llegaron varios días antes que ellos- habían localizado para rodar exteriores. Por mediación del consulado español, tenían el necesario permiso de las autoridades neoyorquinas para aislar ciertos recintos, y, por unos dólares, habían conseguido también contratar a unas decenas de ciudadanos que actuarían de extras, para aparecer paseando al fondo de la imagen, o montando en bicicleta por las veredas de Central Park. No era domingo, pero las habilidades de Luísfer y sus ayudantes conseguirían, más tarde, engañar al espectador, recreando el ambiente propio del día festivo.

De los siete días, sólo durante uno tuvieron oportunidad de olvidar el trabajo para ir de compras, de visitas, y de marcha. Disolvieronse en grupos y partieron juntos Jacinto, Goyo y Cristina. Disfrutaron densamente de las escasas horas de luz, paseando y visitando los famosos lugares de Manhattan, que es a lo que nosotros llamamos Nueva York. <<Tenemos que ir al MOMA>>, dijo Jacinto. <<¿Qué es el MOMA?>>, preguntó Cristina. <<El Museo de Arte Moderno>>, contestó Goyo. Y les gustó mucho. Quisieron subir al Empire, a contemplar el embrujo de la ciudad sin límites, pero eso significaba no poder ver otras cosas o, simplemente, dejar de sentirse protagonista del mil veces retratado bullicio de la Quinta Avenida.

Comieron en un chino, y Jacinto aprovechó la longitud de los manteles para tocar con su zapato la punta del de Cristina. Ella permitió el roce y lo convirtió en duradero. Miró a Jacinto, sorprendida de su inesperado acercamiento.

-¿Qué? ¿Qué te parece nueva York? Te gusta, ¿no? -preguntó Jacinto en una momentánea ausencia de Goyo, que se había levantado a orinar, después de comer y antes del café.

Jacinto y Cristina habían llegado a intimar mucho y a contarse todo lo que sentían en los meses que duró su relación:

-Huy, muchísimo, me está encantando. Pero, ¿sabes que es lo que más me va a gustar, que todavía no lo hemos visto?

-No, ni idea.

-Pues que, por fin, mañana vamos a volver a besarnos... Jacinto, tienes que saber que te sigo queriendo -Cristina le acarició la mano, y Jacinto, que no quería soltarla, tuvo que hacerlo, al percatarse de que ya se aproximaba su jefe.

-Oye, ¿cómo váis a querer el café? -preguntó Goyo.

-Yo como siempre: <<Caliente, Amargo, Fuerte y Escaso>> -contestó Jacinto.

-¿Eso no es de... Torrente Ballester? -dijo Cristina.

-Ah, pues no sé. Yo se lo he oído a mi mujer de vez en cuando.

-Yo me creo que sí. Para mí que lo leí en "Las Islas Extraordinarias" -dijo Goyo, enfatizando su respuesta con un movimiento afirmativo de la cabeza-. Bueno, que cómo lo váis a tomar.

Eligieron y Goyo se dirigió al oriental que les atendía:

-Plis, guaiter. Chú cofis güiz milk an juan onli.

-How many coffees, one or two? -dijo el chino.

-Neu, chú güiz milk an juan güizau nacing... E blak cofi, ai min.

El presunto chino entendió, y se fue a la barra a pedir dos con leche y uno solo.

-Es que *only* significa <<sólo>>, pero en el sentido de <<solamente>> -aclaró Cristina, y todos bromearon con lo que podría haber entendido el camarero.

-Pues aquí no, que nos pueden ver. Vámonos fuera, corre.

Se besaron en un esquina oscura, iluminados pálida e intermitentemente por los reflejos morados del neón de la puerta, que rebotaban en la pared blanca que tenían enfrente.

-Vamos al hotel, Cristina -dijo Jacinto, ante la imposibilidad de poder disfrutar adecuadamente de los encantos de ella.

-No podemos, Jacinto. Todos se enterarían... Busquemos otro sitio -y Cristina sacó de su blusa la indiscreta mano de Jacinto y, cogida de ella, tiró de él hacia unos taxis que aguardaban clientes a la salida de la discoteca. Subieron a uno y le dijo al <<taxi driver>>: Will you give us a ride to the nearest hotel, please?

El taxista respondió preguntando por la clase de hotel a la que querían ir:

-You mean, you wanna go to a privated place?

-Yes, please, it would be much better -contestó, y tradujo para Jacinto-. Ha preguntado que si queríamos ir a un sitio privado; a un sitio decente, vamos, y le he dicho que sí.

El paseo entre el lugar de los tocamientos y el de entrada al taxi había enfriado a Jacinto, que además no se encontraba alterado un ápice por la bebida. Contestó -por creer que era un tonto derecho concedido a Cristina en los minutos previos- positivamente a los lengüetazos de ella dentro y alrededor de su boca, aunque lo hizo sin deseo y con dejadez, movido más por el deber contraído que por su medítadamente escaso apetito venéreo. Jacinto pagó la carrera, pretendiendo inútilmente así suavizar un poco la reacción de Cristina a las palabras con las que quería expresarle su negativa a subir. <<Déjalo, déjalo, pago yo>>, dijo cuando Cristina echó mano a su bolsillo para sacar unos billetes. Antes de salir, calculó mentalmente el importe del viaje en pesetas. <<¡Joder!>>, pensó, y es que el dólar estaba en esas fechas bastante alto. Ya de pie, Jacinto abrazó a Cristina y apoyó la barbilla sobre un hombro de ella, para invocar al Cielo sin que lo viera. Jacinto

desplazó sus cuerpos unos pasos y quedaron apoyados en un semáforo. Giró su cabeza y la besó fuertemente en la mejilla. <<Cristina, no podemos subir>>, dijo sin mirarla. Ella lo quería. Comprendió y no insistió. Jacinto se dejó besar, abrazar y mojar por sus lágrimas. Chispeaba en Nueva York, y las gotas se veían caer lentas, provenientes del cielo negro, a través del halo artificial y anaranjado de las farolas. En tan triste amalgama de sentimientos, confundido el sinsabor de la pequeña lluvia con los salados sollozos, Jacinto dejó a Cristina, que cerraba los ojos para no ver cómo su hombre renegaba de ella para siempre, manejarle una mano muerta, sobre su pecho, para acariciarse con ella inertemente.

XXXIX.-

-¿Anoche? -dijo Jacinto, masticando un huevo frito entero con las muelas de un solo carrillo-. Anoche os estuvimos buscando por la discoteca y no os vimos. Hombre, la verdad es que Cristina estaba cansada y tampoco miramos mucho, y me vine con ella para que no volviera sola -tragó, y se metió a continuación un terrible trozo de pan que había ido empapando con la yema sobrante.

Se despertaron a mitad de mañana, para eludir la grabación de los protagonistas con las feas ojeras maquilladas de las noches insomnes y los correspondientes madrugones al alba. Aparecieron en el Waldorf poco después de un temprano almuerzo en su hotel.

Jacinto no tenía ya hambre, pero tuvo que fingir apetito en la simulada cena íntima que casi cerraría la película. Luíser lo corrigió:

-Jacinto, tío, ¿tú te crees que un pollo con pajarita es tan basto comiendo como tú? Acércate un poquito a la comida, pero sólo un poquito, y mastica con la boca cerrada. ¡Venga, ponedle otro plato! Preparados, ¡acción!

Cristina iba también muy elegante, con un largo vestido de gala. <<¡Coorten! Muy bien, Cristina, muy bien. Tú también, Jacin, pero vamos a repetir>>. Después de casi tres horas de tedioso trabajo, interrumpidas sólo por un breve recreo refrigerativo, terminó el cuadro de la cena. Posteriormente descansaron otro rato, y los actores, con Luíser, subieron a la última planta del hotel, preparados para ejecutar la escena que, otrora, ambos anhelaran.

Para alcanzar la adunación más perfecta entre la imagen y la música con que ésta sería acompañada, el ducho Luíser rogó a Cristina y a Jacinto que, en el proemio de la filmación, se dejasen herir, para fundirse con ella en comunión, por la letra de la vieja canción de Aute que serviría como banda sonora. También la

tendrían puesta durante el rodaje. <<Vamos a conseguir la más bella escena de amor de la historia del cine>>, arengó.

Y así fue. <<Anda / quítate el vestido / las flores y las trampas / Ponte la desnuda violencia que recatas>>, y Cristina dejó caer despacio el vestido de noche que la cubría; la grúa que sostenía la cámara giró tempestuosa, mas uniformemente, para no impregnar la película con la perfección de sus pechos descubiertos y sí hacerlo con su espalda seductora. <<Anda / deja que descubra / los montes de tu mapa>>, y Jacinto observaba, acariciaba y ocasionalmente besaba, con profesional devoción, el fascinante cuerpo de su compañera, impidiendo sabiamente, por ensayada interposición de sus manos, la grabación de las zonas más erógenas de Cristina. <<Anda / pídemme que viole / las leyes que te encarnan / que no quede intacto / ni un poro en la batalla>>, y procedieron igualmente, pero ahora con lentos besos constantes, y con ella aparentando un lujurioso placer que realmente nadie le estaba produciendo.

Terminó la canción, y Luísfér, embelesado por la plasticidad de los fotogramas, fue avisado por Jacinto del fin de la toma. Éste se puso de espaldas a los testigos y cubrió su desnudez con una toalla. <<No hace falta repetir>>, fueron sus únicas palabras, y detuvo a distancia la reproducción del <<compact-disc>>. <<Podemos irnos a dormir tranquilos>>, sentenció.

~;~;~;~;~;~;~;

Además de algunos paseos poco importantes por los pasillos y unas poses en la puerta del hotel, sólo quedaba por rodar un precioso beso, que epilogaría la película, en una azotea contratada con bonitas vistas a la bahía y a la iluminada Estatua de la Libertad. Afortunadamente, la última noche de estancia en la ciudad se presentó con el firmamento limpio y estrellado. Las cámaras y los focos se

encontraban preparados, y Jacinto y Cristina estaban ya ataviados con el necesariamente informal vestuario. Se apoyaron en el balaústre del modo indicado por su director, repasaron mentalmente las pocas palabras antes de empezar y se permitieron unos segundos de concentración que Jacinto no conseguiría en ningún momento. <<Venga, chicos, que esto tiene que salir muy bien>>, dijo Luíser. Comenzó el rodaje y, si bien el breve diálogo fue magistral en todas las ocasiones, el largo beso que lo proseguía y que se detendría en un repetitivo fotograma, que se iría oscureciendo y que abriría los títulos de crédito parecía no conseguirse nunca. Jacinto no quería besar a Cristina y ella lo sabía. En una ocasión él se apartó de ella: <<Perdona, Luíser, pero es que no me concentro>>. <<Tranquilo, tío, que no pasa nada>>. Repitieron cien, mil, cien mil veces palabras vanas en las que comunicaban su pena por separarse, y que Cristina pronunciaba sintiendo fielmente que constituían su triste verdad.

En su paciencia ya desesperada, Luíser fue advertido por un ayudante de su equivocación al pretender grabar separadamente el diálogo y el beso: <<Es que, si hay mucha diferencia de tiempo entre una toma y otra, va a notarse un desplazamiento muy grande de la Luna>>.

-Jacinto, coño, concéntrate, cojones, que aquí no nos puede salir una chapuza -dijo Luíser, tras el evidente desmoronamiento de su idea.

-Venga, sí, voy a intentarlo -y Jacinto dio una pequeña vuelta sobre sus pies, buscando la imagen de Mariví y pensando que era ella con quien tenía que hablar y a la que tenía que besar.

Cerró los ojos y creyó ver a su mujer delante de él. Los abrió, y con un gesto indicó a Luíser su preparación para hacerlo. Tras la voz de <<¡Acción!>>, el corazón del poseído Jacinto fue quien consiguió interpretar con la mejor dicción y la emoción más auténtica las palabras tantas veces pronunciadas. Él continuaba viendo el rostro de Mariví mágicamente superpuesto sobre el de Cristina, y fue a ella a quien

comenzó a besar ansiosamente. Pero despertó enseguida de su fugaz hechizo, al comprobar que aquellos labios no gozaban del deseado suave tacto de los de su esposa. Empero, Jacinto no interrumpió su labor y continuó besándola sin deseo, pero con la intención de hacerla sentirse recompensada por el amor que le profesaba.

XL.-

<<Lamento terminar así mi relación contigo;>>, escribió Jacinto en su cuaderno de tapas de corcho, tras releer muchos de los secretos que en él guardaba, <<pero no tiene sentido mantener amistad con un ser inanimado. Y deseo olvidar para siempre las cosas que te cuento. Tal vez te coja un día y te quemé. Sí, nos iremos a pasear al campo y te pegaré fuego. Adiós, viejo amigo, espero no echarte de menos>>.

Hacía ya dos meses que habían terminado todos los trabajos de la película, y Mariví llevaba uno triste y cabizbaja, justo desde que comenzó a anunciarse a los cuatro vientos el inminente estreno del filme. Ella intentaba complacer a Jacinto en todo lo suyo, y lo conseguía casi siempre, a pesar de la pequeña depresión que sufría. Él le había prometido no volver a rodar nunca nada parecido, porque le juró que él también lo había pasado muy mal. Asimismo, hicieron propósito de concebir pronto un niño, tras la prudencial espera que les habían recomendado, porque Mariví había tomado <<la píldora>> durante muchos años. Sus vidas se habían estabilizado. <<Ya que ha pasado, Jacinto, lo único que me preocupa es que todo el mundo te vea besándote con otra>>, le decía. <<No te preocupes, bonita. ¡Qué más nos da lo que piense la gente!>>, la consoló. <<Bueno, la gente, vale; pero mis padres...>>. <<Sabrán comprender, cariño, ya lo verás>>, y la besó. Desde las sesiones de doblaje del sonido -en una de las cuales Cristina invitó a Jacinto a pasear con ella y él se negó-, Jacinto no había vuelto a ver ni a saber de Cristina, y fue en Nueva York la última vez que se besaron o se tocaron con o sin deseo. Gozaba de una cómoda situación de parado, rechazando o interesándose por los guiones que le ofrecían. <<Qué bien, Jacinto, que ya no te los tengo que

supervisar>>, le dijo Mariví sonriendo y sintiendo el dolor de épocas pasadas.

<<Pues claro que no, niña>>. Sonó el teléfono:

-Jacinto, es Goyo. Que te pongas. Será para lo del estreno -informó ella en voz baja, tapando el micrófono con una mano.

-Dime, Goyete, querido. ¿Qué te trae por estas líneas de Dios?

-Pues mira, que mañana a las siete pasamos a por ti en <<limusina>>. Te llegó el esmoquin, ¿no? -Jacinto contestó que sí-. ¿Y qué tal te queda?

-Mariví dice que de puta madre; o sea, que no sé yo -rieron los teleparlantes y la aludida-. Que bien, coño. Que me queda bien.

-Oye, ¿y te han llegado también las invitaciones para tus padres, verdad?

-Sí, hombre, descuida.

-Bueno, que si necesitas más me lo dices, que tenemos un montón. Y que mañana a las siete. Estate preparado, macho.

-,;-,;-,;-,;-,;-,

Mariví no quería ir al estreno para no percibir de otra forma lo que había ya imaginado en la lectura de la novela.

-¿Gilio? Oye, soy Jacinto -le dijo desde el teléfono de una cabina-. Mira, verás, necesito que me hagas un favor.

-Cuéntame, hermano predilecto.

-Resulta que Mariví no quiere ir al estreno mañana, porque dice que si lo va a pasar muy mal con las escenas verdes, ya me entiendes, y además dice que como no puede sentarse conmigo, porque ya sabes que el equipo nos sentamos aparte...

-Ya.

-Y entonces, pues nada, que a ver si tú me la podrías convencer; aunque sea llámala y que vaya contigo, por favor, que la pobre lo está pasando fatal. Si la pudieras llamar ahora...

Como buen hermano que era, Virgilio accedió, y fingió con Mariví una parecida situación a la que ella sufría:

-Oye, Mariví, soy Gilio. Mira, que si vas tú a ir mañana al estreno de Jacinto.

-Ah, hola, Gilio. Pues no, había pensado no ir.

-Es que me mandó Jacinto dos invitaciones y no tengo con quien ir, que ya sabes tú que a mis padres no les gustan esas cosas. Entonces, he *pensao* que podríamos ir los dos.

Mariví no podía ser descortés con Virgilio, que siempre le mandaba un ramo de flores por su santo y una sorpresa en su cumpleaños. Por eso, cedió al propósito de su cuñado con escondida desgana:

-Venga, pues vale. ¿Quedamos ya para mañana?

-Sí. A las siete y media me paso a por ti. Un beso a los dos.

-Y otro para ti, guapísimo.

-,;-,;-,;-,;-,;

El protocolo es el protocolo, y éste mandaba detener en la misma Gran Vía el enorme coche de alquiler, metalizado, brillante, con coctelera y frigorífico para los pasajeros de atrás. Les aguardaba una enorme masa de fotógrafos y público congregada en la puerta. Los unos les recibieron con frases, los otros con aplausos y miradas curiosas. Los hombres, con su esmoquin. Cristina, la única mujer, con un precioso vestido largo de lentejuelas. Ella y Jacinto posaron para las cámaras cogidos de la mano. <<Mira la puta esa>>, dijo la rabiosilla Mariví a Virgilio, que se encontraban entre la muchedumbre. <<Mujer... Puta-puta no es, coño; es su trabajo>>. Jacinto descubrió a su hermano entre el público, y a su mujer junto a él. Les alzó la manó sonriente, y Virgilio avisó a Mariví de que Jacinto les saludaba. <<Ya lo he visto>>, dijo, y le devolvió como saludo una mirada de enfado aterrador.

Por fin, los elegantes actores, director, productor y, por supuesto, Lázaro Stoller, se agruparon en la puerta del cine para hacerse la gran foto. Tras unas decenas de fogonazos, el equipo al completo accedió al local. Por una puerta reservada a tal efecto entraron un ministro y su señora, una infanta y su escolta, actores y actrices de vanguardia, famosos directores, millonarios productores, exigentes críticos, modernos cantantes, laureados escritores, pintores que vivían del cuento y artistas de toda suerte, inútiles miembros chupones de la <<jet-set>>, locutores prestigiosos y todo aquel de cara conocida.

<<Jacinto Masa (a la derecha) charla con el Ministro de Cultura>>, pondría en el pie de una fotografía que les hicieron en esta situación. <<Cristina Manzanero y Luísfer Portales hablan con la esposa de don Lázaro Stoller, que llegó entre el público acompañada de su hija>> sería la frase elegida para otra. Y tantas y tantas como les hicieron y harían después del film, en la fiesta organizada en el Círculo de Bellas Artes.

Todo el mundo estaba ya sentado, expectante ante lo que el largometraje pudiera traer. Jacinto, Cristina, Goyo, Luísfer, don Lázaro y algunos más, sentados en la duodécima fila, como mandan los que saben. Mariví y Virgilio mucho más atrás, casi en la zona donde las parejitas acudían antiguamente a morrear. Se apagaron las luces. Se cerraron las puertas. Los flases ya no se encendían. Nadie osaba respirar. Silencio absoluto. <<Marlasca films presenta>>. <<Una película de Luísfer Portales>>. <<Ya no me da tiempo a huir>>. <<Basada en la novela homónima de Lázaro Stoller>>. Luego salía una imagen de Cristina con su nombre debajo. Y otra de Jacinto. Y también de alguno más.

La película avanzaba y Mariví lloraba. Parecía que hubiera descubierto el cuaderno de tapas de corcho; pero simplemente Jacinto decía a Cristina que la amaba. De una forma muy especial, ciertamente. <<Gilio, ¿tú crees que Jacinto me

quiere?>>, preguntó Mariví. Y después dijo: <<¿Has visto cómo la está besando?>>. Más tarde, apoyó la frente en el hombro del cuñado: <<No puedo seguir mirando>>.

Casi cien minutos duraba y noventa y tantos habían pasado ya. Comenzó a proyectarse la escena final. En la terraza, Jacinto hablaba de amor a Cristina, con el universal símbolo de la ansiada Libertad al fondo. Mariví volvió a esconderse en el hombro de Virgilio, sin saber que en verdad fue ella la destinataria de esas bonitas palabras.

De repente, el diálogo terminó y dio paso al silencio. Tras un segundo sin sonido, Mariví incorporó la cabeza, asustándose primero y alegrándose después al entender que ese beso tan hermoso, adornado con una versión conmovedora y prolongada de <<Suspiros de España>> de ascendente volumen, no encerraba ni la mitad del sentimiento y del amor de los que ella recibía de Jacinto. Éste miró hacia atrás para localizar a Mariví, levemente iluminada por una luz de emergencia. Ella, vacía por fin de tristeza y colmada de gozo, lo buscó. Se observaron. Tal vez divisasen el brillo emocionado de sus ojos. Ella subió la mano y la agitó. La película terminaba, y Jacinto, invadido por un deseo incontrolable de abrazar a su esposa, se levantó y abandonó el asiento que ocupaba. Ella había hecho lo mismo. El beso se detuvo y, a su par, todo comenzó a oscurecer. Jacinto y Mariví corrían a su mutuo encuentro, que acaeció entre dos grupos de butacas del patio, justo cuando la pantalla, y la sala por añadidura, volvía a iluminarse con los nombres en letra blanquísima de todos los participantes. Continuaba la música. El auditorio, asombrado por el proceder de su actor y maravillado por la calidad de la proyección, arropó con sus aplausos el instante en que Jacinto y Mariví se derretían en un beso apasionado, que ya habría querido Portales para rematar su final. Todo el mundo se puso en pie, con la mirada fijada en la encandilada pareja. También Cristina que, llorando, contemplaba la escena y empezó tardíamente a aplaudir. Una puerta se abrió para la

fea curiosidad del acomodador, y la luz que entraba les iluminó como si de un foco se tratase. Todo ello, aderezado con la bellísima banda sonora.

FIN